

Vida Nueva  
**VN**

18-24/4/2020 • Nº 3.174/4,30 €



*Un plan para resucitar*

*Francisco*



Director Editorial: José Beltrán. Redactor Jefe: José Lorenzo. Redactores: José Luis Celada, Miguel Ángel Malavía, Rubén Cruz. Maquetación: Sonsoles Hernández, Amparo Hernández. Fotografía: Jesús G. Feria, Agencia EFE, CNA, Archivo SM. Ilustración: Tomás de Zárate. Secretaría de Redacción: Esperanza Vela. Tel.: 91 422 62 55, vidanueva@ppc-editorial.com. Publicidad: Javier González. Tel.: 91 422 64 02, publicidad@ppc-editorial.com. Marketing: Francisco Cebrián. Tel.: 91 422 68 69. Edita: PPC. Director General PPC Global: Aurelio Matos. Director PPC España: Pedro Miguel García Fraile. Imprime: Jomagar. Precio: 4,30€. Suscripción anual 2020: 47 números: España: 123,95€. UE: 185,64€. Otros países: 178,50€ (correo aéreo). Depósito legal: M. 1.829-1958. ISSN: 0505-4605

Suscripciones: Ana Blasco. Tel.: 91 422 62 40. suscripciones@ppc-editorial.com.

Dirección: Impresores 2. Urbanización Prado del Espino. 28660 Boadilla del Monte (Madrid). Tel.: 91 422 62 55. Fax: 91 422 61 18.

## 5 EDITORIAL

## 6 UN PLAN PARA RESUCITAR. Una meditación. FRANCISCO

## 12 Pinceladas

12. Algo nuevo está brotando, ¿no lo notáis? JUAN JOSÉ OMELLA

14. Reconocernos en el dolor del otro. ANA PASTOR

¿Por quién doblan las campanas? JOSÉ BONO

16. Profeta de esperanza. ANTONIO PELAYO

“Basta con abrir una rendija”. DOLORES ALEIXANDRE

17. El poder de un latido. JORGE OESTERHELD

18. El Papa habla solo. CARMEN RIGALT

20. Fiel testigo de la alegría. CARLOS AMIGO

Abiertos al cambio. PEDRO BARRADO

21. La razón de un pontificado. JUAN MARÍA LABOA

22. La Gran Revinculación. FERNANDO VIDAL

24. Adela Cortina: “La vacuna contra la aporofobia existe, pero no se aplica”

26. Ser como niños. PABLO d'ORS

## 27 PLIEGO Palabras de Bergoglio

Reflexiones a la luz de la Semana Santa 2020 del Obispo de Roma

Participan: LUIS ARGÜELLO, SEBASTIÀ TALTAVULL, GINÉS GARCÍA BELTRÁN, CARLOS OSORO, JUAN DEL RÍO, MARIÑA RÍOS Y ANTONIO GÓMEZ CANTERO

## 36 Un plan para resucitar...

36. LA ECONOMÍA. Al servicio de la persona. SEBASTIÁN MORA

37. A LOS INMIGRANTES. Coherencia o nada. JOSÉ LUIS PINILLA

38. LA CASA COMÚN. La comunión con la tierra. MAURICIO LÓPEZ

40. A CADA UNO DE NOSOTROS. Tú, sencillamente, permanence. JORGE A. SIERRA

41. Mis pequeñas conversiones no programadas. MARÍA LUISA BERZOSA

42. LA IGLESIA. Justicia y fraternidad. BALTAZAR PORRAS

43. LA TEOLOGÍA. Del despacho a la calle. IANIRE ANGULO

44. EL CLERO. Acompañar al Pueblo. JOSÉ MARÍA AVENDAÑO

45. LA VIDA RELIGIOSA. Justicia y fraternidad. AQUILINO BOCOS

46. A LA FAMILIA. Nuestro lugar de relaciones. MARÍA DOLORES LÓPEZ  
A LOS LAICOS. Apóstoles del encuentro. ANA MEDINA

47. A LOS JÓVENES. La confianza como única opción. EDUARDO MARTÍN

48. LA MORAL. Nuevos horizontes. MARCIANO VIDAL

49. A LA SOCIEDAD. “¿Qué ves en la noche? Dinos, centinela”. ALFONSO BULLÓN DE MENDOZA

50. LA CULTURA. Ainhoa Arteta: “Hay que reactivarse en la espiritualidad”

52. LA EDUCACIÓN. Fortalecer el arma más poderosa de todas. JOSÉ MARÍA ALVIRA

53. LA UNIVERSIDAD. Construir un modelo integral e inclusivo. MIRIAN CORTÉS

54. EN EQUIPO. Mi palabra para una Vida Nueva

58. EL ALMA. Una oración para resucitar. JOSÉ ANTONIO PAGOLA

# JESÚS, MAESTRO INTERIOR

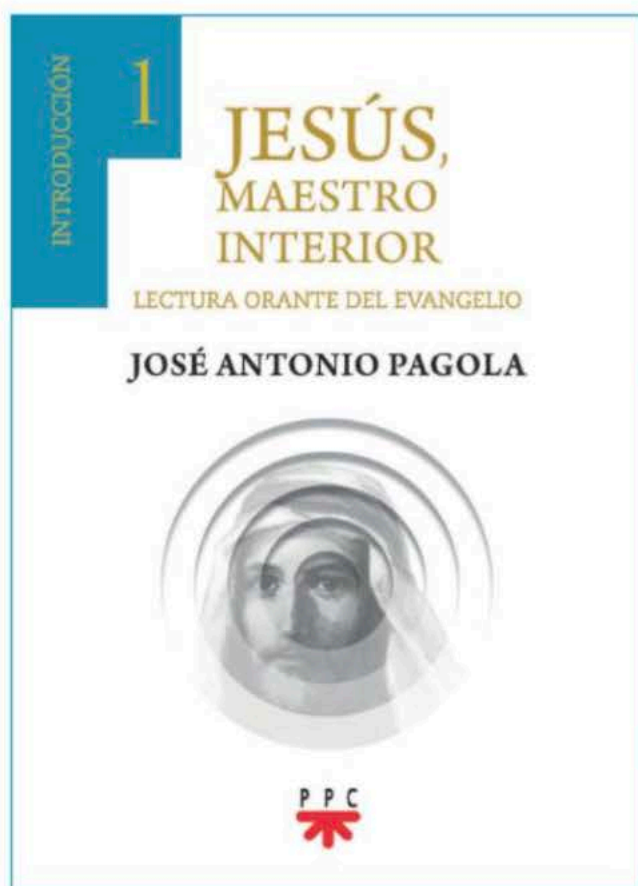
LECTURA ORANTE DEL EVANGELIO

UN NUEVO PROYECTO DE JOSÉ ANTONIO PAGOLA

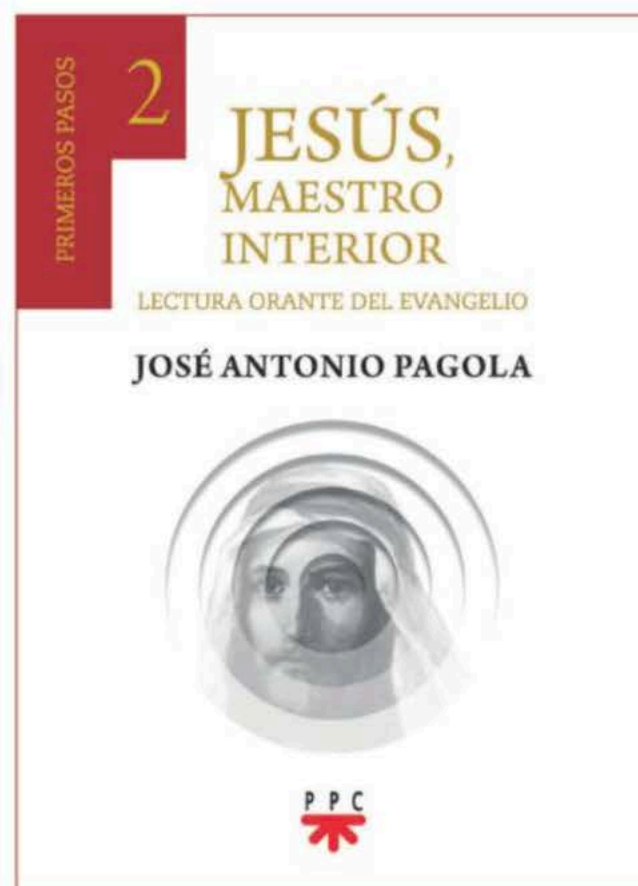
Para **recuperar** a Jesús  
como Maestro interior

Para **reavivar**  
la verdadera espiritualidad  
de Jesús

Para **contribuir**  
a la renovación interior  
del cristianismo actual



144 pp., 17 €



168 pp., 17 €

Esta obra quiere contribuir a recuperar a Jesús como «Maestro interior». Para ello se marca como propósito promover dos objetivos concretos, que se enriquecen y complementan mutuamente: la renovación interior del cristianismo, tal como es vivido de ordinario en nuestros días, y la necesidad de reavivar en estos momentos la verdadera espiritualidad de Jesús. Una espiritualidad que ha de nutrirse de una relación personal con Dios –vivido como Padre-Madre– basada en una confianza absoluta y abierta a un proyecto humanizador.

La lectura orante del Evangelio, para ser fructífera, debe seguir una serie de pasos. En primer lugar, hay que partir de despertar en nosotros la actitud de búsqueda, imprescindible para un encuentro. Después, acoger el Espíritu de Jesús, que es quien nos irá dando forma. Más tarde, escuchar en nuestro interior a Jesús como Maestro, para escuchar de sus labios palabras de vida. Y, finalmente, abrirnos al misterio de Dios en lo secreto del corazón, para que tome posesión de él.



COMPRA  
ONLINE EN

PPC-EDITORIAL.ES



TODO el catálogo de



Envío **GRATIS**  
desde 20 €

ESPAÑA  
(península y Baleares)

# Un regalo para salvar a la humanidad

**E**l Papa tiene un “plan para resucitar”. Expresado así, se podría pensar en un programa estratégico lanzado por una multinacional para reactivar su actividad con una detallada dotación de recursos humanos y materiales. Pero no es el caso. A **Francisco** le preocupa el fondo, cómo se fundamentará ‘el día después’ a la pandemia del COVID-19. Lo hace a través de una meditación enraizada en este tiempo pascual que el Obispo de Roma regala a los lectores de *Vida Nueva*, a la Iglesia y a la sociedad. Un documento inédito que publica esta revista que, durante más de seis décadas, ha entendido el periodismo como servicio, voz de anuncio y denuncia, desde el soplo siempre audaz del Espíritu.

Francisco no es un CEO ni un gurú. En su reflexión no se deja llevar por un pensamiento práctico, que busque rédito inmediato en un balance de cuentas, pero tampoco se pierde en vaguedades utópicas con efecto placebo. Es un pastor que acompaña delante, al lado y detrás a una grey desconcertada. Desde ahí, busca arrojar algo de luz en medio de tanta oscuridad. Francisco plantea una alternativa al virus del miedo, desde el Dios de la Vida, capaz de hacer renacer la esperanza cuando todo se da por perdido. Con estos parámetros, avista el horizonte con la suficiente perspectiva como para poner las bases de reconstrucción

de un planeta que ya llegó herido a esta hecatombe.

Sin pretender dar lecciones, **Jorge Mario Bergolio** lanza sugerencias y advertencias tan incómodas y provocativas, tan cargadas de sentido común y fruto de la libertad, como el propio Evangelio. Frente a la globalización de la indiferencia y de esta economía que mata, el Papa lanza una propuesta en la que nadie queda fuera: la civilización del amor, edificada a golpe de los “anticuerpos necesarios de la justicia, la caridad y la solidaridad”. Un empeño comunitario que atañe a todos. La opinión pública, la comunidad internacional, los Estados y las empresas no se presentan como entes abstractos a los que echarles la culpa de lo sucedido o en quien descargar la responsabilidad del ‘pasado mañana’. La sociedad se reconstruye con los ladrillos que cada uno decide aportar, para edificar un puente o un muro. Con el fin del confinamiento, cada ciudadano –y, con más razón, cada cristiano– se erige en corresponsable de esta misión compartida, para tomar el relevo de los héroes anónimos que están en primera línea de batalla. El mejor homenaje para ellos, y la mejor manera de reivindicar la memoria de los que ya no están, pasa por asumir cómo puedo yo transformar el mundo.

No tiene sentido perder el tiempo en recriminar, condenar o dejarse llevar por esos “discursos integristas”.

Solo arrimando el hombro será posible “volver a sentirnos artífices de una historia común”. Francisco reivindica el pueblo, no como algo etéreo, sino como el actor protagonista de este necesario despertar. Solo desde ahí será posible avanzar en este plan que arrastra demasiadas asignaturas pendientes, como el salario mínimo universal, la condonación de la deuda externa, el respaldo a los pactos por las migraciones, los acuerdos sobre el cambio climático...

Resucitar pasa por espabilar, por sumar, por redoblar esfuerzos a una, con la misma energía del aplauso vespertino. El cristiano lo vivirá desde la caridad y el no creyente lo llamará solidaridad, pero solo dará fruto desde una alianza que supere reglas caducas y las categorías público-privado, civil-religioso... Nadie puede actuar ya como un “lobo solitario”, rascando la letra pequeña de sus legítimos derechos sobre el papel, cuando la dignidad de los últimos se desangra a borbotones.

Francisco tiene un plan que no se ha sacado de la chistera. Simplemente traduce al lenguaje y al contexto actual los sueños de Otro. Es Dios el autor de este *planazo* de salvación para todos, que pasa por hacer realidad las bienaventuranzas, por construir un reino de fraternidad. “Es el Resucitado que quiere resucitar a una vida nueva a la humanidad entera”. Amén. ●

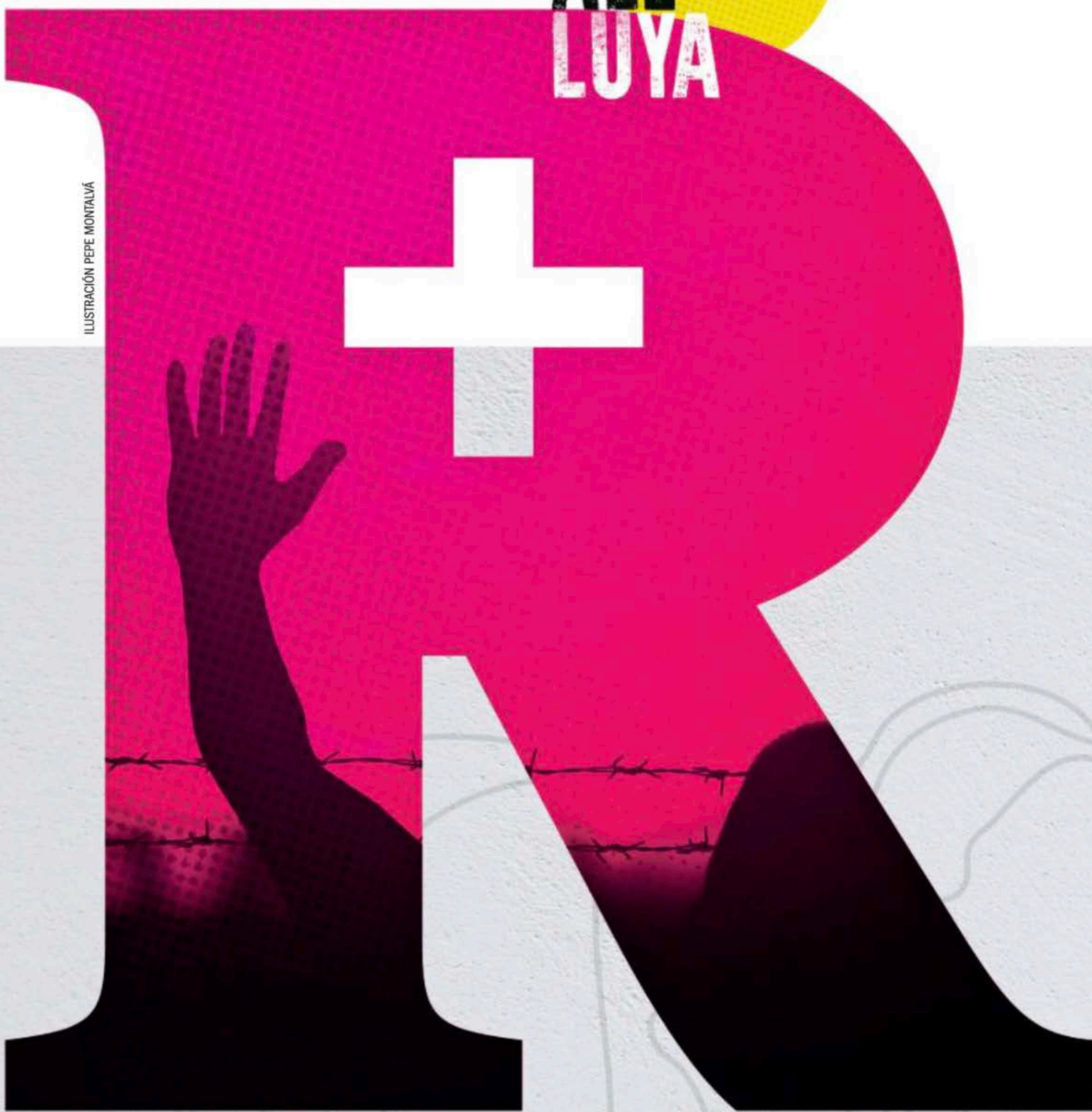
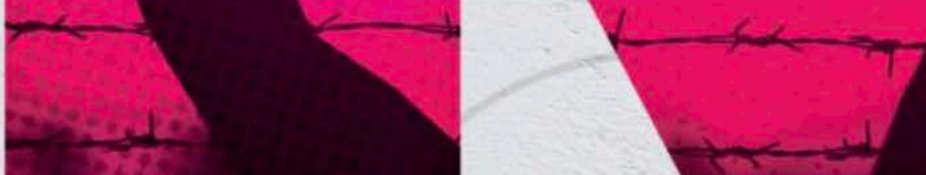
*Resucitar pasa por despertar y redoblar esfuerzos como cristianos y como ciudadanos, para que nadie quede atrás en el día después del coronavirus*



**ALE  
LUYA**



ILUSTRACIÓN PEPE MONTALVÁ



El Papa escribe en 'Vida Nueva' una reflexión inédita para una Pascua marcada por el coronavirus. A partir del "alégrense" de Jesús a las mujeres, reivindica la civilización del amor. Francisco llama a contagiarse con "los anticuerpos necesarios de la justicia, la caridad y la solidaridad" para la reconstrucción en el día después de la pandemia. "Es el Resucitado que quiere resucitar a la humanidad entera", asevera en esta hoja de ruta que el Obispo de Roma regala a los lectores de la revista, a la Iglesia y a la sociedad.

Un plan para  
**resucitar**  
una meditación  
Francisco

16

14

12

10

8

6

4

2

1

**D**e pronto, **Jesús** salió a su encuentro y las saludó, diciendo: 'Alégrese' (Mt 28, 9). Es la primera palabra del Resucitado después de que **María Magdalena** y la otra **María** descubrieran el sepulcro vacío y se toparan con el ángel. El Señor sale a su encuentro para transformar su duelo en alegría y consolarlas en medio de la aflicción (cfr. Jr 31, 10). Es el Resucitado que quiere resucitar a una vida nueva a las mujeres y, con ellas, a la humanidad entera. Quiere hacernos empezar ya a participar de la condición de resucitados que nos espera.

Invitar a la alegría pudiera parecer una provocación, e incluso, una broma de mal gusto ante las graves consecuencias que estamos sufriendo por el COVID-19. No son pocos los que podrían pensarlo, al igual que los discípulos de Emaús, como un gesto de ignorancia o de irresponsabilidad (cfr. Lc 24, 17-19). Como las primeras discípulas que iban al sepulcro, vivimos rodeados por una atmósfera de dolor e incertidumbre que nos hace preguntarnos: "¿Quién nos correrá la piedra del sepulcro?" (Mc 16, 3). ¿Cómo haremos para llevar adelante esta situación que nos sobrepasó completamente? El impacto de todo lo que sucede, las graves consecuencias que ya se reportan y vislumbran, el dolor y el luto por nuestros seres queridos nos desorientan, acongojan y paralizan. Es la pesantez de la piedra del sepulcro que se impone ante el futuro y que amenaza, con su realismo, sepultar toda esperanza. Es la pesantez de la angustia de personas vulnerables y ancianas que atraviesan la cuarentena en la más absoluta soledad, es la pesantez de las familias que no saben ya como arrimar un plato de comida a sus mesas, es la pesantez del personal sa-

nitario y servidores públicos al sentirse exhaustos y desbordados... esa pesantez que parece tener la última palabra.

Sin embargo, resulta conmovedor destacar la actitud de las mujeres del Evangelio. Frente a las dudas, el sufrimiento, la perplejidad ante la situación e incluso el miedo a la persecución y a todo lo que les podría pasar, fueron capaces de ponerse en movimiento y no dejarse paralizar por lo que estaba aconteciendo. Por amor al Maestro, y con ese típico, insustituible y bendito genio femenino, fueron capaces de asumir la vida como venía, sortear astutamente los obstáculos para estar cerca de su Señor. A diferencia de muchos de los Apóstoles que huyeron presos del miedo y la inseguridad, que negaron al Señor y escaparon (cfr. Jn 18, 25-27), ellas, sin evadirse ni ignorar lo que sucedía, sin huir ni escapar..., supieron simplemente estar y acompañar. Como las primeras discípulas, que, en medio de la oscuridad y el desconsuelo, cargaron sus bolsas con perfumes y se pusieron en camino para ungir al Maestro sepultado (cfr. Mc 16, 1), nosotros pudimos, en este tiempo, ver a muchos que buscaron aportar la unción de la corresponsabilidad para cuidar y no poner en riesgo la vida de los demás. A diferencia de los que huyeron con la ilusión de salvarse a sí mismos, fuimos testigos de cómo vecinos y familiares se pusieron en marcha con esfuerzo y sacrificio para permanecer en sus casas y así frenar la difusión. Pudimos descubrir cómo muchas personas que ya vivían y tenían que sufrir la pandemia de la exclusión y la indiferencia siguieron esforzándose, acompañándose y sosteniéndose para

que esta situación sea (o bien, fuese) menos dolorosa. Vimos la unción derramada por médicos, enfermeros y enfermeras, reponedores de góndolas, limpiadores, cuidadores, transportistas, fuerzas de seguridad, voluntarios, sacerdotes, religiosas, abuelos y educadores y tantos otros que se animaron a entregar todo lo que poseían para aportar un poco de cura, de calma y alma a la situación. Y aunque la pregunta seguía siendo la misma: "¿Quién nos correrá la piedra del sepulcro?" (Mc 16, 3), todos ellos no dejaron de hacer lo que sentían que podían y tenían que dar.

Y fue precisamente ahí, en medio de sus ocupaciones y preocupaciones, donde las discípulas fueron sorprendidas

---

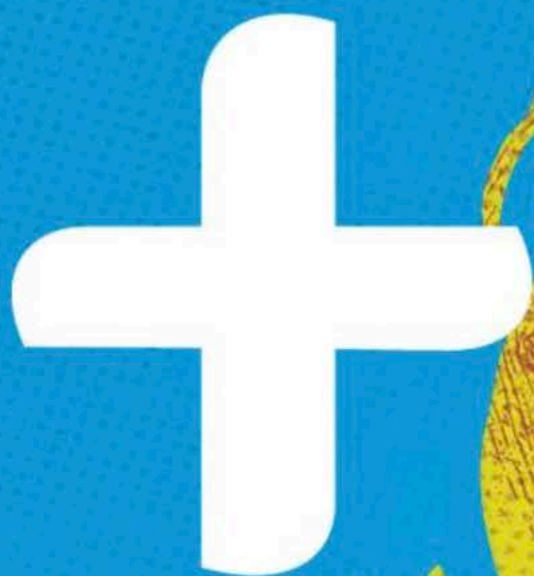
*Dios jamás abandona a su pueblo, especialmente cuando el dolor se hace más presente*

---

por un anuncio desbordante: "No está aquí, ha resucitado". Su unción no era una unción para la muerte, sino para la vida. Su velar y acompañar al Señor, incluso en la muerte y en la mayor desesperanza, no era vana, sino que les permitió ser ungidas por la Resurrección: no estaban solas, Él estaba vivo y las precedía en su caminar. Solo una noticia desbordante era capaz de romper el círculo que les impedía ver que la piedra ya había sido corrida, y el perfume derramado tenía mayor capacidad de expansión que aquello que las amenazaba. Esta es la fuente de nuestra alegría y esperanza, que transforma nuestro accionar: nuestras unciones, entregas... nuestro velar y acompañar en »



# ACOM PANADU





# ENCUEN TRO



» todas las formas posibles en este tiempo, no son ni serán en vano; no son entregas para la muerte. Cada vez que tomamos parte de la Pasión del Señor, que acompañamos la pasión de nuestros hermanos, viviendo inclusive la propia pasión, nuestros oídos escucharán la novedad de la Resurrección: no estamos solos, el Señor nos precede en nuestro caminar re-moviendo las piedras que nos

paralizan. Esta buena noticia hizo que esas mujeres volvieran sobre sus pasos a buscar a los Apóstoles y a los discípulos que permanecían escondidos para contarles: “La vida arrancada, destruida, aniquilada en la cruz ha despertado y vuelve a latir de nuevo”<sup>1</sup>. Esta es nuestra esperanza, la que no nos podrá ser robada, silenciada o contaminada. Toda la vida de servicio y amor que ustedes

han entregado en este tiempo volverá a latir de nuevo. Basta con abrir una rendija para que la Unción que el Señor nos quiere regalar se expanda con una fuerza imparable y nos permita contemplar la realidad doliente con una mirada renovadora.

Y, como a las mujeres del Evangelio, también a nosotros se nos invita una y otra vez a volver sobre nuestros pasos y dejarnos transformar por este

## Notas

1. R. Guardini, *El Señor*, 504.
2. Carta enc. *Laudato si'* (24 mayo 2015), 13.
3. Pontificia Academia para la Vida. *Pandemia y fraternidad universal. Nota sobre la emergencia COVID-19* (30 marzo 2020), p. 4.
4. Eduardo Pironio, *Diálogo con laicos*, Buenos Aires, 1986.

anuncio: el Señor, con su novedad, puede siempre renovar nuestra vida y la de nuestra comunidad (cfr. *Evangelii gaudium*, 11). En esta tierra desolada, el Señor se empeña en regenerar la belleza y hacer renacer la esperanza: “Mirad que realizo algo nuevo, ya está brotando, ¿no lo notan?” (Is 43, 18b). Dios jamás abandona a su pueblo, está siempre junto a él, especialmente cuando el dolor se hace más presente.

Si algo hemos podido aprender en todo este tiempo, es que nadie se salva solo. Las fronteras caen, los muros se derrumban y todo los discursos integristas se disuelven ante una presencia casi imperceptible que manifiesta la fragilidad de la que estamos hechos. La Pascua nos convoca e invita a hacer memoria de esa otra presencia discreta y respetuosa, generosa y reconciliadora capaz de no romper la caña quebrada ni apagar la mecha que arde débilmente (cfr. Is 42, 2-3) para hacer latir la vida nueva que nos quiere regalar a todos. Es el soplo del Espíritu que abre horizontes, despierta la creatividad y nos renueva en fraternidad para decir presente (o bien, aquí estoy) ante la enorme e impostergable tarea que nos espera. Urge discernir y encontrar el pulso del Espíritu para impulsar junto a otros las dinámicas que puedan testimoniar y canalizar la vida nueva que el Señor quiere generar en este momento concreto de la historia. Este es el tiempo favorable del Señor, que nos pide no conformarnos ni contentarnos y menos justificarnos con lógicas sustitutivas o paliativas que impiden asumir el impacto y las graves consecuencias de lo que estamos viviendo. Este es el tiempo propicio de animarnos a una nueva imaginación de lo posible con el realismo que solo el Evangelio nos pue-

de proporcionar. El Espíritu, que no se deja encerrar ni instrumentalizar con esquemas, modalidades o estructuras fijas o caducas, nos propone sumarnos a su movimiento capaz de “hacer nuevas todas las cosas” (Ap 21, 5).

En este tiempo nos hemos dado cuenta de la importancia de “unir a toda la familia humana en la búsqueda de un desarrollo sostenible e integral”<sup>2</sup>. Cada acción individual no es una acción aislada, para bien o para mal, tiene consecuencias para los demás, porque todo está conectado en nuestra Casa común; y si las autoridades sanitarias ordenan el confinamiento en los hogares, es el pueblo quien lo hace posible, consciente de su corresponsabilidad para frenar la pandemia. “Una emergencia como la del COVID-19 es derrotada en primer lugar con los anticuerpos de la solidaridad”<sup>3</sup>. Lección que romperá todo el fatalismo en el que nos habíamos inmerso y permitirá volver a sentirnos artífices y protagonistas de una historia común

### No podemos escribir la historia presente y futura de espaldas al sufrimiento de tantos

y, así, responder mancomunadamente a tantos males que aquejan a millones de hermanos alrededor del mundo. No podemos permitirnos escribir la historia presente y futura de espaldas al sufrimiento de tantos. Es el Señor quien nos volverá a preguntar “¿dónde está tu hermano?” (Gn, 4, 9) y, en nuestra capacidad de respuesta, ojalá se revele el alma de nuestros pueblos, ese reser-

vorio de esperanza, fe y caridad en la que fuimos engendrados y que, por tanto tiempo, hemos anestesiado o silenciado.

Si actuamos como un solo pueblo, incluso ante las otras epidemias que nos acechan, podemos lograr un impacto real. ¿Seremos capaces de actuar responsablemente frente al hambre que padecen tantos, sabiendo que hay alimentos para todos? ¿Seguiremos mirando para otro lado con un silencio cómplice ante esas guerras alimentadas por deseos de dominio y de poder? ¿Estaremos dispuestos a cambiar los estilos de vida que sumergen a tantos en la pobreza, promoviendo y animándonos a llevar una vida más austera y humana que posibilite un reparto equitativo de los recursos? ¿Adoptaremos como comunidad internacional las medidas necesarias para frenar la devastación del medio ambiente o seguiremos negando la evidencia? La globalización de la indiferencia seguirá amenazando y tentando nuestro caminar... Ojalá nos encuentre con los anticuerpos necesarios de la justicia, la caridad y la solidaridad. No tengamos miedo a vivir la alternativa de la civilización del amor, que es “una civilización de la esperanza: contra la angustia y el miedo, la tristeza y el desaliento, la pasividad y el cansancio. La civilización del amor se construye cotidianamente, ininterrumpidamente. Supone el esfuerzo comprometido de todos. Supone, por eso, una comprometida comunidad de hermanos”<sup>4</sup>.

En este tiempo de tribulación y luto, es mi deseo que, allí donde estés, puedas hacer la experiencia de Jesús, que sale a tu encuentro, te saluda y te dice: “Alégrate” (Mt 28, 9). Y que sea ese saludo el que nos movilice a convocar y amplificar la buena nueva del Reino de Dios. ●

# Algo nuevo está brotando, ¿no lo notáis?

JUAN JOSÉ OMELLA OMELLA. CARDENAL ARZOBISPO DE BARCELONA Y PRESIDENTE DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA

Este título puede parecer provocador en estos tiempos de incertidumbre y dolor. Pero, ¿no era provocadora la noticia que dieron las mujeres a los apóstoles cuando volvieron de ver el sepulcro vacío? Asustadas, pero alegres, les dijeron: "Su cuerpo no está en el sepulcro. ¡Ha Resucitado!". Y el corazón de los apóstoles se sobresaltó y su actitud interna empezó a cambiar. La esperanza brotó en sus corazones y fueron al sepulcro a comprobar que no estaba allí el Señor.

El papa **Francisco** nos ha regalado esta preciosa meditación, *Un plan para resucitar*, transida de esperanza. Nos ayuda a mirar la realidad en su profundidad y a descubrir que hay cosas nuevas que ya brotan, pero que habrá que estar atentos para ayudarlas a crecer.

Algunos místicos decían que el hombre nace con tres ojos: los de la cara, los de la inteligencia y los del corazón. Y decían que podemos pensar que, cuando vemos la realidad con los ojos de la cara, ya lo hemos comprendido todo. Pero no es así, la inteligencia nos hace comprender cosas que los ojos de la cara no ven ni entienden. De ahí que sea necesaria la reflexión para comprender bien. Pero aun

así no basta para llegar al fondo; es necesaria otra mirada más profunda, la que se hace con los ojos del corazón. Es lo que Francisco indica cuando habla de que tenemos que hacer un buen discernimiento, pasar las cosas por el corazón y bajo la mirada de Dios.

En esta pandemia van apareciendo valores que pensábamos que ya no existían. Si sabemos cuidarlos, son brotes anunciadores de una hermosa primavera. Me impresiona cómo ha aparecido el valor del servicio y entrega en los médicos, enfermeros, personal de los hospitales, cuerpos de seguridad, bomberos, voluntarios, etc., hasta el punto incluso de dar la vida.

Ha brotado el valor de la solidaridad en personas, empresas, conventos, familias, haciendo mascarillas, trajes, respiradores... gente entregando parte de su sueldo para vencer la pandemia y cuidar a los más desfavorecidos. No podemos dejar de agradecer la labor de sacerdotes, religiosos, cuidadores de personas mayores, gente anónima entregada a consolar, a ayudar a los que sufren, a dar materiales de trabajo a niños y jóvenes. ¡Cuanta generosidad! ¡Cuánto

amor verdadero, gratuito, desinteresado! Brotes verdes que anuncian una nueva primavera. El Papa nos pide estar atentos a un detalle: no globalizar la indiferencia. Nos invita a no considerar a los otros como enemigos, sino como hermanos. Y para crecer en fraternidad, para vencer la pandemia y los otros males que vendrán tras ella, será necesario trabajar todos juntos: Gobierno, partidos, sociedad, instituciones civiles y religiosas, empresarios, asociaciones... Solo unidos venceremos el virus de la indiferencia, el COVID-19 y otras pandemias como el hambre, la exclusión, el desprecio de la vida, las guerras...

¿Seremos capaces de darnos la mano y luchar unidos por un mundo más humano, libre, solidario, justo, más respetuoso de la persona y abierto a Dios? ¿Seremos capaces de optar por una vida

menos estresada, más contemplativa, más capaz de escuchar y de relacionarse con los demás? ¿Seremos capaces de ganar menos dinero para que otros tengan para vivir? ¿Será posible una gestión más eficaz de los recursos que evite la corrupción y asegure una economía más humana? Eso es lo que el Resucitado nos enseñó. Así trataron de vivirlo los primeros cristianos. Eso es lo que nos pide el Señor este año. Y el anuncio sigue siendo el mismo: "Hermano, Aleluya, Cristo ha Resucitado. Sigue vivo. Está entre nosotros. Aleluya".

Están naciendo brotes nuevos y debemos cuidarlos para que crezcan y nos hagan caminar por un mundo nuevo que se acerque más a la existencia que nos aguarda para la eternidad. Este es el deseo de Francisco. ¡Gracias, Santo Padre, por su mensaje!



# Reconocernos en el dolor del otro

ANA PASTOR JULIÁN. VICEPRESIDENTA SEGUNDA DEL CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Aunque la historia de España está llena de *momentos estelares* –como diría **Stefan Zweig**–, los que comenzaron el Dos de Mayo de 1808 tienen asegurado un lugar destacado. Lo que allí se manifestó no fue solo la conciencia de pertenecer a la nación española, sino la de encarnar, cada ciudadano, el ser mismo de esa nación; que no era un mero atavismo ni obedecía a una realidad geográfica o a la defensa de unos intereses, sino que cobró forma ante la capacidad que demostramos para reconocernos en el dolor del prójimo y luchar por él como por nosotros mismos. Aunque hoy ese espíritu de hermandad hace frente a circunstancias muy distintas, podemos remitirnos a la memoria de aquel trance. “Todas las puertas de las casas permanecían cerradas, y un lúgubre silencio reinaba por todas las calles”: así describe **Blanco White** aquella atmósfera. Tal y como

luego la recrearía **Bernardo López**: “...oigo alzarse a otras regiones / en estrofas funerarias, / de la iglesia las plegarias, / y del arte las canciones”. En esta Semana Santa, plegarias y canciones han formado parte de ese esfuerzo que todos compartimos para elevar el ánimo y buscar la esperanza en un horizonte incierto. La muerte y el sufrimiento nos han golpeado brutalmente. El COVID-19, además, representa el aislamiento; la dramática vivencia de una enfermedad que nos desarraiga de los afectos cercanos. Y, sin embargo, hoy reconocemos un vínculo que nos aproxima a todos en nuestra dimensión más humana; en todo lo que es más rico y valioso desde un punto de vista ético. Y no es sino por esa fraternidad en los valores que todos concurrimos, como uno solo, a rendir nuestro diario homenaje a la heroica labor de los sanitarios.

Cuando esos valores han sido fundamento de nuestra acción colectiva, los españoles hemos sido capaces de escribir las mejores páginas de nuestra historia, sobreponiéndonos a la adversidad y haciendo de nuestro país una fuente de oportunidades. Preparémonos para volver a hacerlo cuando podamos hacer nuestras las esperanzadoras palabras de san **Gregorio de Nisa** en su Sermón de Pascua: “Ha comenzado el reino de la vida y se ha disuelto el imperio de la muerte”.

## ¿Por quién doblan las campanas?

JOSÉ BONO. EXPRESIDENTE DEL CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Me piden unas palabras para acompañar en la oración de la Pascua de Resurrección al Papa. ¡Qué honor! Tras darle unas vueltas, he creído que lo mejor es glosar tres citas. La primera es del poeta **John Donne**: “¿Quién no presta oídos a una campana cuando tañe? (...) La muerte de cualquiera me afecta, porque me encuentro unido a toda la humanidad; por eso, nunca preguntes por quién doblan las campanas; doblan por ti”. La segunda abunda en la misma idea y, quizá, sea políticamente incorrecta para algunos, pero me gusta. Es de **Gabriel Rufián**, diputado de ERC con quien tengo evidentes diferencias, pero con el que comparto afecto sincero: “Esta no es la mayor pandemia y crisis sanitaria, humanitaria y económica

que haya habido nunca (...). Esta es la mayor pandemia y crisis sanitaria, humanitaria y económica de nuestra latitud. Aquello que creíamos que solo pasaba más de allá de las concertinas, está aquí. Aquello que creíamos que solo pasaba en una tienda de campaña embarrada en mitad de la nada, está aquí. Aquello que creíamos que solo pasaba en una patera en mitad del Mediterráneo, está aquí”. Antes de esta pandemia existían otras. Pero eran de otros. Ahora enfermamos y morimos nosotros o los nuestros. La tercera cita es de la Biblia: “¿Dónde está tu hermano **Abel**? Contestó **Caín**: No sé. ¿Soy yo acaso el guardián de mi hermano? Replicó Yahveh: ¿Qué has hecho? Se oye la sangre de tu hermano clamar a mí desde la tierra”.

La sangre, el hambre, la muerte de tu hermano “clama desde la tierra”. Me reafirmo en mis convicciones socialistas y cristianas: el juicio a nuestras vidas será favorable si cuando vimos a un hambriento le dimos de comer, o desnudo y le vestimos. Lo demás son cuentos. No vale el “sálvese quien pueda”, porque esta pandemia no tiene solución local. Solo saldremos juntos. Como pide **Francisco**, se necesita la corresponsabilidad de todos: “Este no es el tiempo de la indiferencia... El mundo entero está sufriendo y tiene que estar unido”. Apoyar al prójimo no solo es bueno por ser moralmente correcto, sino porque es lo más inteligente.



ANTONIO PELAYO  
CORRESPONSAL VATICANO

## Profeta de esperanza

**L**o confieso: el título de este comentario se lo he pedido prestado al cardenal **Amigo**, quien concluía así un artículo en *Vida Nueva*: “Dios ha enviado a la Iglesia un profeta de esperanza: el papa **Francisco**”. **Bergoglio** es como un manantial ubérrimo: desde su mente y corazón manan aguas que riegan los surcos sedientos de la Iglesia y de la humanidad. Son aguas purísimas porque nacen en las cumbres de un pensamiento que se nutre de oxígeno incontaminado y, al mismo tiempo, emanan desde la

profundidad de una reflexión que no se deja agitar por turbulencias pasajeras. Pero como sucede con las aguas de nuestros manantiales, estas, en vez de llegarnos directamente, lo hacen en más de una ocasión a través de botellas envasadas, y no es lo mismo. Aludo a que con alguna frecuencia sus palabras son “embotelladas” por quienes se creen capaces de interpretarlas o manipularlas. Esto no sucede con el texto que *Vida Nueva* presenta. Son páginas *bergoglianas* al cien por cien, redactadas y

escritas de su puño y letra con inconfundible sello personal. Me ha llamado la atención la insistencia con que aparecen en el texto las palabras alegría, esperanza, espíritu, mujer, pueblo. Son los ejes de una reflexión que el Papa quiere hacer llegar en esta trágica situación del coronavirus. Y lo hace desde la perspectiva de la Resurrección de **Jesús**. Desde el comienzo, subraya que son las mujeres las primeras “capaces de ponerse en movimiento y no dejarse paralizar”. Es su reconocimiento al “típico,

insustituible y bendito genio femenino”, y son ellas, “las discípulas”, las que vuelven sobre sus pasos para contar a los discípulos que “la vida arrancada, destruida, aniquilada en la cruz, ha despertado y vuelve a latir de nuevo”. Las mujeres, al ir a ungir el cadáver del Señor, se preguntaban: “¿Quién nos correrá la piedra del sepulcro?”. Y una pregunta tan inquietante es la que el Papa detecta hoy: la pesantez que amenaza a las personas vulnerables y ancianas, a las familias angustiadas por la carestía, al personal



## “Basta con abrir una rendija”

DOLORES ALEIXANDRE. BIBLISTA

**E**stoy segura de que al novicio **Jorge Mario Bergoglio** le leyerón en su tiempo de formación el *Ejercicio de Perfección y Virtudes Cristianas*, del P. **Alonso Rodríguez SJ**, un clásico en los noviciados preconciarios. A lo largo de densos capítulos y lenguaje del s. XVI, cada virtud era encomiada con enjundia y pesantez, pero al final aparecía esta frase para alivio de los oyentes: “Donde se confirma lo dicho con algunos ejemplos”. Algunas veces nos hacían reír por lo inauditos y otras nos daban que pensar por su oportunidad e ingenio. Algo así me ha pasado con la frase “Basta con abrir una rendija” de la

meditación de **Francisco** que, por sí sola, tiene más densidad espiritual que cualquier capítulo del P. Rodríguez. Creo que la *rendija* se lo debe a estar emparentada con la *mostaza*, la *levadura*, la *sal* o el *candil*: si ella consigue que lo hermético se abra y lo impenetrable se vuelva transitable, es que posee esa misma secreta energía de transformación que empuja a crecer, levantar una masa, condimentar un alimento o iluminar la oscuridad. Afirmar que “basta con abrir una rendija”, supone también participar de la terca confianza de **Jesús** en el poder de lo pequeño frente a lo grandioso, de lo callado frente al

griterío, de la mansedumbre frente a la dominación. Y ya tenemos melodía para ir silbando mientras caminamos hacia el *Plan para resucitar* de Francisco. Y ahora vienen los ejemplos para confirmar lo dicho, y no hay que irse muy lejos porque, para experto en abrir rendijas, el propio Jesús:   
• **A Nicodemo**, que protegía bajo luna blindada su suficiencia erudita, le preguntó con nocturnidad y alevosía: “Nicodemo, ¿te imaginas naciendo de nuevo sin recordar tus viejos saberes?”. Y le provocó una fisura en su cristal.

sanitario y a los servidores públicos. Pero también reconoce el Pontífice que “todos ellos no dejaron de hacer lo que sentían que podían y tenían que dar”. Pero ante esta situación, el Señor resucita “y nos precede en nuestro caminar removiendo las piedras que nos paralizan (...), esta es nuestra esperanza que no nos podrá ser robada, silenciada o contaminada”.

Lo que el Papa nos quiere hacer llegar ante tanta incertidumbre es que “Dios jamás abandona a su pueblo”. Y esta es otra de las palabras más presentes en su meditación: pueblo. Tenemos que actuar como un solo pueblo. Ya lo había dicho en *Laudato si'*, insistiendo en que en esta crisis, como en la lucha contra el hambre, las guerras, la devastación del medio ambiente, la familia humana debe estar unida. “La justicia –concluye–, la caridad y la solidaridad” son los anticuerpos que nos permitirán vencer a este virus y entrar en la civilización del amor, que es una civilización de la esperanza.

volar como una cometa libre por encima de templos y santuarios.

En su encuentro con la cananea, fue él quien dejó abierta una rendija para los “perritos” y ella aprovechó (“el genio de las mujeres”) para colarse por ella y ensancharla. Y para cuando él quiso reaccionar, ya habíamos entrado en tropel los gentiles y no quedaba ni rastro de sus argumentos algo ultras del principio.

Conclusión: lo de “abrir rendijas” funciona. Debe ser por la infalibilidad pontificia.

- Con **Pedro** aprovechó su deseo de destacar y le nombró piedra importante de su reino; después le puso en las manos la toalla y la jofaina y le dijo: “Ser el primero consiste en esto, colega”.

- A la samaritana le descubrió las grietas de su cántaro y, cuando ella se decidió a soltar aquel lastre, la lanzó a

## El poder de un latido

JORGE OESTERHELD. DIRECTOR VN CONO SUR

**E**n la meditación del Papa hay varias citas de la Sagrada Escritura, algunas pocas del magisterio eclesial y dos citas que hacen presentes a dos grandes hombres de fe. En primer lugar, **Romano Guardini**, de quien **Francisco** rescata estas palabras: “La vida arrancada, destruida, aniquilada en la cruz ha despertado y vuelve a latir de nuevo”. En esas líneas, el teólogo presenta la resurrección como un latido, ese débil pulso que señala la presencia de la vida. Silenciosamente, casi imperceptible, vuelve el Maestro a caminar con sus discípulos y discípulas todavía espantados por la visión de la cruz, y también a caminar junto a nosotros, intimidados por un virus asesino. Luego recuerda a su compatriota, el cardenal **Eduardo Pironio**, un incansable anunciador de una esperanza que es mucho más que optimismo, que es una fuerza silenciosa, pero a la vez arrolladora, que transforma la existencia de los hombres y las mujeres de fe. En las palabras de Pironio, aquel latido de vida crece hasta convertirse en una nueva “civilización”: “Una civilización de la esperanza: contra la angustia y el miedo, la tristeza y el desaliento, la pasividad y el cansancio”. Esa fuerza que renace “al tercer día” es la semilla de aquella esperanza que permite edificar “la civilización del amor”, con “el esfuerzo comprometido de todos”, un esfuerzo que se sostiene “cotidianamente, ininterrumpidamente”, como los latidos de la vida.

A través de estas citas, Francisco nos habla de la resurrección del Maestro, más que como un acontecimiento ocurrido hace dos mil años, como “un plan”, un proyecto. Aquel latido silencioso avanza entre los múltiples acontecimientos de la historia como un río caudaloso que siembra vida a su paso. No pudo detenerlo “la pesantez” de la piedra que tapaba el sepulcro, ni podrá detener su fuerza la invisible astucia del mal que se esconde en este virus. Sí, la vida “ha despertado y vuelve a latir de nuevo”.

# El Papa habla solo

CARMEN RIGALT. PERIODISTA

Existen varias formas de dirigirse a un Papa, todas ellas en función de la intensidad religiosa de quien lo invoca. Los agnósticos suelen llamarlo por el apellido que consta en el documento civil, que es su identificación más real y neutra. Algunos medios de comunicación emplean las denominaciones “Papa **Ratzinger**” o “Papa **Wojtyla**” para referirse a los predecesores del actual Pontífice, aunque lo frecuente es emplear sus nombres eclesiásticos: **Benedicto XVI** o **Juan Pablo II**. El periodista **Jordi Évole**, que es católico por parte de madre pero tiene pinta de creer solo a medias, llama “Papa **Bergoglio**” a **Francisco**, que es un nombre deshabitado de solemnidad. Si decir Papa Bergoglio parece del gusto de los agnósticos, decir Papa Francisco a secas, o Francisco, parece de cristianos de base. Es una forma austera y contundente de dirigirse al pastor de la Iglesia. Con todos mis respetos, yo no sé cómo llamar al Papa. **Paloma Gómez Borrero**, que fue corresponsal en el Vaticano durante muchos años, llamaba a todos los papas igual. Les decía Su Santidad, así no se notaba que a unos los quería más que a otros. Comprendo a Paloma. Para ser sincera, yo tampoco he querido a todos los papas por igual. Francisco, por ejemplo, me

resulta más próximo que **Pío XII**, pero siempre evito llamarle Su Santidad, y no porque crea que no es santo (lo es, sobre todo de mi devoción), sino porque el tratamiento se me antoja demasiado protocolario. Ahora que lo pienso, si fuera cardenal lo tendría más difícil, pues en ese caso tocaría decirle “Eminencia Reverendísima”, y no es plan.

Por la familia que me tocó en suerte y la enseñanza que recibí, por los largos años de internado, las misas diarias, el rosario y la exposición al Santísimo, por los rezos de la mañana y la noche, por todo eso, digo, estaba llamada a entender de papas. Y así fue. Aprendí antes a conocer el misterio de la *fumata* blanca que a recitar los colores del arcoíris. Eso fue después de la muerte del primer pontífice que llegó a mi vida: un hombre de nariz aguileña y porte aristocrático al que le decían el papa **Pacelli**. En aquella época se llevaban mucho los papas italianos, y faltaban todavía por llegar **Pablo VI** (el Papa **Montini**) y **Juan Pablo I** el breve (el Papa **Luciani**). A Pacelli lo conocí porque su sucesor se encargó de hacerlo. Mientras Pío XII (Pacelli) fue un diplomático a quien la II Guerra Mundial pilló entre la espada y la pared (no condenó

el Holocausto y levantó muchas polémicas), a **Roncalli**, el sucesor, le favorecieron las distancias y el mundo entero lo acogió con fervor.

El Papa Roncalli era de origen humilde y adoptó el nombre eclesiástico de **Juan XXIII**. Fue contemporáneo de **Krushev**, **Kennedy** y **Nasser**, y su bondad se convirtió pronto en bálsamo universal. Era un hombre risueño y mullido, convocó el Concilio Vaticano II y renovó la Iglesia por dentro y por fuera.

El papa Francisco, desde un tiempo diferente, también se ha mostrado renovador. Basta con leer su artículo. Se trata de un texto con brío periodístico, pues se asienta en una doble actualidad, la litúrgica y la periodística, ambas confluyentes. De una parte, está la pandemia, y de otra, la Pascua. Dice el propio autor que suena a provocación, y no me extraña. La Resurrección trae alegría; en cambio, la pandemia trae dolor. A mí, sin embargo, el artículo me suena un poco a **Umbral**, quien por cierto fue colaborador de *Vida Nueva* en un tiempo que hoy se nos antoja remoto. A Umbral le gustaría saber que el Papa argentino usa palabras como pesantez (tres veces). Francisco también nos regala el consuelo del que tan necesitados estamos. Y dice: “Dios jamás abandona a su pueblo, está junto a él cuando el dolor se hace más presente”.



## Abiertos al cambio

PEDRO BARRADO. BIBLISTA

Tres ejes me parece que son los que estructuran y dan cuerpo a esta hermosa y necesaria meditación del papa **Francisco** en estos duros tiempos que corren. Unos ejes que, como no podía ser de otra manera, tienen en la Palabra de Dios su fundamento último.

El primero de ellos es el de la determinación para hacer lo que hay que hacer, aun en medio de las circunstancias más adversas. Mejor dicho, precisamente en medio de esas adversas circunstancias. Las mujeres que acuden al sepulcro la mañana de Pascua, rodeadas de incertidumbre, angustia y dolor, aunque llenas también de amor por su Maestro, constituyen la mejor ilustración de esa actitud. En ellas encontramos un buen espejo en el que mirarnos.

El segundo eje es el de la apertura al Misterio. Eso significa que nuestra actuación –aun en medio de la noche– ha de estar abierta al cambio, es decir, a la esperanza: “El que dispersó a Israel lo reunirá, lo guardará como un pastor a su rebaño” (Jr 31,10). Es más, el creyente debe estar dispuesto a dejarse sorprender por la novedad que viene de un Dios capaz de hacer nuevas todas las cosas –como anunciaba el profeta **Isaías** (43,18) y el vidente de Patmos en el Apocalipsis (21,5)–, incluido el corazón humano.

El tercer eje tiene que ver, naturalmente, con la solidaridad con los otros –más aún, la fraternidad, como insta el Señor a **Caín** (Gn 4,9)– en esa tarea de transformación del mundo y la sociedad. Una transformación que, siguiendo el modo de actuar de Dios en la historia, no se manifiesta en el brillo del oropel y la alharaca, sino de una manera callada y paciente, como la actuación del Siervo de Yahvé que cantaba **Isaías** (42,2-3). Y una última cuestión. No me parece que sea casual la cita bíblica con la que se abre y se cierra el texto del Papa: precisamente, la del saludo del Resucitado a las mujeres que habían acudido al sepulcro en busca de un cadáver (Mt 28,9). Un saludo que consiste en una invitación a la alegría, que constituye probablemente la principal divisa del pontificado de Francisco.

## Fiel testigo de la alegría

CARLOS AMIGO VALLEJO. CARDENAL ARZOBISPO EMÉRITO DE SEVILLA

Por tantas y tan buenas razones, el papa **Francisco** es admirable y ejemplar testigo del amor a los pobres, de misionero incansable en favor de la paz, de custodio de la creación, como él mismo lo anunciara proféticamente en las primeras horas de su ministerio como sucesor de **Pedro**.

Y testigo fiel de la alegría. Hablar de gozo, de felicidad, de alegría en medio de la tragedia que se está viviendo, puede considerarse como una hiriente provocación, como imperdonable frivolidad, como vergonzoso sarcasmo. La verdadera, auténtica y justificada alegría, de la que nos habla el Papa en este mismo número de Vida Nueva, no proviene de que las cosas y circunstancias nos vayan más o menos bien y provocando una agradable complacencia. La razón de la alegría cristiana no es otra que la que proviene de las acciones del mismo Dios: ha estado grande con nosotros y estamos alegres, como cantamos con el salmo. Esta es la causa de la alegría: la bondad del Padre Dios que se cuida de sus hijos. Los apóstoles vieron a Jesús resucitado y se llenaron de alegría. Es que el trato con Dios no tiene amargura ni tristeza, sino que produce serenidad y paz. Es el resplandor de la fe, que seduce y cautiva. Habrá, pues, que dejarse encontrar por Cristo. Cuando **Moisés**



bajaba del monte, después de haber hablado con Dios, se le notaba en el rostro: estaba resplandeciente y gozoso. La alegría no es simplemente un adorno, un complemento de la personalidad. Es gracia del Espíritu Santo, del Vivificador que da alas de elevación, de mirar hacia lo alto para que la alegría de Dios esté en vosotros y sea completa.

El gozo va mucho más allá que la superación de las dificultades, de los momentos de angustia. Es vivir en la seguridad de sentirse querido, reconciliado con Dios y saberse redimido del pecado y de la muerte por el sacrificio redentor de Cristo. El papa Francisco es fiel testigo de la alegría. Puede pesar la cruz que supone el cuidado de toda la Iglesia, pero el yugo es llevadero y la carga ligera porque el Espíritu del Señor la acompaña y colma de fortaleza.

Si hay más gozo en dar que en recibir, el Papa se alegra de su misión en salida para acudir a las periferias de las heridas más dolientes de la humanidad y dar testimonio de esperanza y alegría.



## La razón de un pontificado

JUAN MARÍA LABOA. SACERDOTE E HISTORIADOR

**N**o la humana, sino la providencial. La Iglesia se encuentra en una encrucijada dramática y trata de abrir horizontes, despertar la creatividad y renovar la fraternidad. Esta meditación de **Francisco** es la clave para comprender la fe que mueve su pontificado. Algunos aspectos de su actuación, rechazados por ambientes eclesiales – sobre todo europeos y norteamericanos –, nos han desconcertado en ocasiones por su aparente pasividad. Hoy sabemos que su opción profética de

Iglesia, de comunidad creyente, de mundo, dirigida a la radicalidad evangélica, es su brújula, pero respetando ejemplarmente a los disidentes, desde su fe y confianza en el espíritu. La presencia de Francisco en la Iglesia ha suscitado una regeneración de la confianza en la humanidad. No dicta reglas morales de comportamiento, no manipula la conciencia de los demás, pero anima incansablemente a la transformación personal y a la conversión. Tal vez no sea personalmente optimista en que se

produzca un cambio inmediato, pero mantiene una inmensa esperanza en que el Señor renovará nuestros corazones para que comprendamos qué exige el Evangelio hoy. A lo largo de los siete años de pontificado, el Papa no ha roto la caña quebrada ni ha apagado la mecha que arde débilmente, ha sido respetuoso con las conciencias no siempre limpias de algunos, pero a todos acompaña e incita incansablemente a que acojamos la vida nueva que el Señor nos ofrece, animándonos

a no tener miedo de ir a contracorriente y a superar tantas reliquias averiadas que arruinan nuestra vida y nos quitan la esperanza.

Su recomendación repetida es la de **Jesús**, la del Vaticano II, la de **Juan XXIII**: mantengámonos atentos al signo de los tiempos, a la presencia siempre activa y renovadora del Espíritu en este momento de la historia. Este es el verdadero tema: invocamos al Espíritu, pero no lo escuchamos, porque nuestra rutina y soberbia nos paralizan en un pasado que nos impide atenderle. Francisco nos llama a estar abiertos a la creatividad, a la novedad, a las exigencias y urgencias de las personas que nos rodean.

Este canto de confianza en el Espíritu y de amor al género humano proclama, con **Pablo VI**, la exigencia de la civilización del amor, de la justicia, la caridad y la solidaridad. No se comprenderá hoy ni mañana este pontificado sin su identificación con tantos hermanos que no viven una vida digna. No olvidemos su exigencia de no escribir nuestra historia de espaldas al sufrimiento humano. No olvidemos tampoco, para mejor comprenderle, sus palabras de Jueves Santo: los sacerdotes, hombres de la misericordia, debemos siempre perdonar porque permanentemente somos perdonados.

# La Gran Revinculación

FERNANDO VIDAL. UNIVERSIDAD PONTIFICIA COMILLAS



las medidas? Sí, somos capaces. Lo primero es sentir que la Historia está abierta. La disrupción de esta pandemia puede cambiar el eje de la humanidad: esta última Modernidad da paso a la Edad del Ser. “En mí podéis esperarlo todo”, nos dice **Jesús** a cada uno y como sociedad. Se han corrido las piedras de la impotencia, del determinismo y la desesperanza. ¿Sientes la Historia y tu historia abiertas? ¿Ponemos límites a lo que se puede esperar de mí, de nosotros, de Jesús? Tenemos que profundizar en aquel “Otro mundo es posible”: “Solo es posible un mundo amado”. Nada distinto es sostenible. Seremos capaces si formamos una Sociedad Civil Mundial Reforzada –tejida por organizaciones inteligentes con bases sociales fuertes– que dé cuerpo a ese abrazo *urbi et orbi*. Necesitamos una Ciudadanía Mundial que garantice un Derecho de Mínimo Vital a cada persona. ¿En cuántas organizaciones o causas pacíficas y constructivas participo? Tenemos que elevar la tasa de asociacionismo real al 50%. ¿Nuestros hijos y sobrinos participan ya en alguna gran causa a

través de ONG? ¿Somos capaces de que en 50 semanas haya un 50% de comprometidos? Haz un plan para conseguirlo. Ahí comienza la educación a la Ciudadanía Universal. Junto con el Plan de Reconstrucción Económica del que se habla, necesitamos un gran Plan de Reconstrucción Civil que dote a la Humanidad de una trama densa de comunidad. Frente a la gran desvinculación sufrida por el utilitarismo y la superficialidad, necesitamos impulsar la Gran Revinculación, que comienza en el abrazo concreto y la cooperación con cada vecino del barrio, los más pobres de los suburbios y con nuestros vecinos de los países más lejanos. Seremos capaces si incrementamos la economía social: si el porcentaje de Comercio Justo y Sostenible se eleva a corto plazo al 25% de nuestras compras. Eso crea otra economía. ¿Soy capaz antes de 2025 de que el 25% de mi compra sea de economía social? Hay que mirar. Necesitamos una transparencia absoluta sobre lo que es más peligroso y el mal espíritu trata de ocultar: los tráfico ilegales, el comercio de armas... Esa Sociedad Civil Reforzada tiene que hacer públicos los tráfico del odio y exigir a los gobiernos que paren de armar a los

adversarios y tiranos. Eso comienza en nuestras casas, no alimentando el divisionismo político, no desconectando a la sociedad, apoyando y leyendo a la buena prensa, venciendo la soledad aislada que sufren tantos, interiorizando un modelo de masculinidad no predatorio. Hay que cortar la violencia de raíz. Solo una sociedad civil fuerte puede elegir los gobiernos adecuados y presionar para que las guerras se paren. Necesitamos hacer insoportable para la conciencia que haya una persona sin hogar. Necesitamos modernizar nuestro modelo de acción social y que no solo dé pan. No nos podemos quedar en que los últimos lleguen a ser los penúltimos, deben alcanzar una vida segura. Tenemos que *esencializar* nuestras vidas: desengañarnos de prestigios y frivolidades y ser más profundos, creativos y fraternales. Eso incluye vivir más conectados afectivamente a la Tierra y retirar la arrogancia de nuestro hiperdesarrollo. Tenemos que salvar los cielos. Las preguntas son semillas que hay que dejar crecer desde lo hondo de la tierra y el corazón, dentro del abrazo. No nos soltemos, ahí, dentro del abrazo, está la clave: comienza la Gran Revinculación.

**E**n *Un plan para resucitar*, el Papa nos lanza a responder cuatro preguntas muy concretas desde aquel abrazo que todos sentimos en la plaza de San Pedro vacía. Sin dejar de abrazarnos, respondamos de corazón: ¿Seremos capaces de actuar? ¿Seguiremos mirando para otro lado? ¿Estamos dispuestos a cambiar los estilos de vida? ¿Adoptaremos como comunidad internacional

# “La vacuna contra la aporofobia existe, pero no se aplica”

**A**dela Cortina incomoda. Más de lo habitual en un filósofo. Por hacer visible lo invisible: la pobreza. O lo que es lo mismo, acuñar el término ‘aporofobia’ –rechazo al pobre–, convertirlo en la palabra del año 2017 y remover la conciencia del personal en cada una de sus reflexiones públicas. Catedrática de Ética en la Universidad de Valencia, comparte que el “plan para resucitar” con que sueña **Francisco** no puede dejar de lado a los últimos.

**Mientras se investiga una vacuna contra el coronavirus, ¿cree que también se busca remedio para la aporofobia o volverá con más virulencia con la crisis económica que se avecina?**

Es urgente buscar una vacuna contra el coronavirus, y ojalá que se encuentre pronto para evitar tanto sufrimiento, pero la vacuna contra la aporofobia está inventada hace siglos, solo que no se aplica. La aporofobia es la tendencia, que todos llevamos dentro, a rechazar al pobre, al áporos, porque queremos vivir bien y buscamos la ayuda de los que pueden favorecernos, dándonos dinero, votos, apoyos, reconocimientos, y abandonamos a los que creemos que no pueden darnos nada positivo para nuestra prosperidad.

A lo largo de la historia han triunfado las sociedades basadas en contratos, en los que nos comprometemos a dar con tal de recibir, y son muy superiores a las que viven en estado

de guerra, pero en el mundo del intercambio de favores invisibilizamos a los que parece que no pueden darnos más que problemas. Esos son los pobres.

El antídoto consiste en descubrir, desde el corazón y la razón, desde una razón cordial, que toda persona es valiosa por sí misma, que todas tienen algo que hay que apreciar por sí mismo, y no solo “a cambio”. Es necesario crear instituciones igualitarias para favorecer ese descubrimiento, pero es cada persona quien tiene que hacerlo. Si no es así, los pobres seguirán siendo relegados, con coronavirus o sin él.

## Otro estilo de vida

**Francisco se pregunta en su meditación: “¿Estamos dispuestos a cambiar los estilos de vida que sumergen a tantos en la pobreza, promoviendo y animándonos a llevar una vida más austera y humana que posibilite un reparto equitativo de los recursos?”. ¿Qué responde Adela Cortina?**

Hay grupos admirables que viven solidariamente y seguirán haciéndolo, y ojalá se multipliquen. Pero el reparto equitativo de los recursos exige acuerdos en cada Estado nacional, en las comunidades supranacionales, como la Unión Europea, y a nivel global. Y, para lograrlo, necesitamos un modelo económico-político, adaptable a cada contexto. A mi juicio, es el de una economía social de mercado, que apuesta por producir riqueza con equidad, en

el marco de una democracia liberal-social. Siguiendo este modelo, la economía es la actividad que busca superar la escasez y, a la vez, eliminar la pobreza distribuyendo los recursos equitativamente.

Fomentar este modelo donde ya existe y universalizarlo sería el modo de crear una ciudadanía social universal, que ve protegidos sus derechos de primera y segunda generación, a diferencia del neoliberalismo estadounidense y del comunismo capitalista chino.

**¿Confía en que esta crisis provoque un cambio radical ético y moral en los responsables políticos para transformar la sociedad, o seguirán poniendo parches a un mundo que hace aguas por todos lados?**

No confío en que se produzca ese cambio, porque en esta pandemia los responsables políticos están actuando igual que antes y, desgraciadamente, cabe suponer que continuarán haciéndolo después. El mundo de la política, tal como está concebido, ofrece muchos incentivos a los partidos para intentar ganar elecciones, porque permite ocupar una gran cantidad de puestos de poder. De ahí que los responsables políticos, habitualmente, piensen más en los votos que en el bien común. Las tácticas van acomodándose al caladero de votos más jugoso y se cierran los pactos que permitan ganar la partida. Por si faltara poco, se contemplan unos a otros como enemigos a los que hay que destruir, no

Adela  
CO



FILÓSOFA

# RTINA

solo como adversarios con los que hay que competir, generando polarización. Se plantean entonces programas de corto plazo, cuando el gobierno de las naciones y, por supuesto, el global, requieren proyectos de medio y largo plazo, pensando en el bien común.

**¿Es utópico pensar en un “plan para resucitar” a la humanidad, en otro modelo de “desarrollo sostenible e integral”?**

Creo que, diciéndolo con Kant, es una idea regulativa, un

ideal que hay que perseguir y que nos sirve como orientación para la acción y como crítica de la situación presente, en la que aún no hemos llegado a ese futuro deseable. Afortunadamente, la humanidad ha ido progresando en el nivel técnico y también en el moral. En el moral, al menos en las declaraciones, hemos ido desechando la esclavitud, la desigualdad de razas, sexos y religiones, y apostando por valores como la libertad, la justicia, el diálogo o el cuidado de la naturaleza. Lo urgente es ir encarnándolos en la vida cotidiana. Apostar por los Objetivos de Desarrollo Sostenible (ODS) de las Naciones Unidas, el primero de los cuales es erradicar la pobreza, y el segundo, el hambre, es un buen camino y requiere la sinergia entre la ciudadanía, las empresas y la política.

**“Las fronteras caen, los muros se derrumban y todos los discursos integristas se disuelven”, dice el Papa. ¿Cree que esta hecatombe, sin embargo, puede convertirse en caldo de cultivo para los populismos y nacionalismos?**

El coronavirus nos ha demostrado una vez más que ninguna persona y ningún país es autosuficiente, que todos somos vulnerables y nos necesitamos mutuamente. Por eso, como ya se ha dicho, los países deberían celebrar el Día de la Interdependencia, porque ese día demuestran haber madurado.

Lo que ocurre es que, para vivir bien, buscamos el apoyo de los grupos y países que pueden beneficiarnos y dejamos de lado a los que no nos resultan interesantes. La aporofobia, una vez más.

En los primeros tiempos de la evolución, los seres humanos vivíamos en pequeños grupos y reforzábamos la solidaridad grupal frente a los que venían de fuera. El cristianismo y la

Ilustración abogan por una solidaridad universal, que rompe las estrechas barreras de la grupal, desde la convicción de que cada persona tiene dignidad, y no un simple precio. Pero quebrar las solidaridades grupales y abrir el ancho camino de la *com-pasión* con cualquier persona es un proyecto en el que hay que aunar voluntades.

**Un empresario le diría que su planteamiento como filósofa es muy loable, pero ¿y las cuentas de su negocio?...**

Desde las cuentas de su negocio, le diré que tener en cuenta las expectativas legítimas de todos los afectados por su actividad es una herramienta de gestión, porque tendrá mejores datos para organizarla, una medida de prudencia, porque es más inteligente generar aliados que adversarios, y una exigencia de justicia, ya que la empresa nace de la sociedad y se debe a ella. En esta línea caminan la Responsabilidad Social Corporativa, la propuesta de “Empresa y Derechos Humanos” y las propuestas del Foro Económico de Davos, además de los ODS. Como también la afirmación, cada vez más acreditada, de que “la empresa del futuro será social, o no será”.

**El Papa llama a la ciudadanía a sentirse “artífices y protagonistas de una historia común y, así, responder mancomunadamente”. ¿Cómo lograr que los aplausos de los balcones no vuelvan a convertirse en el individualismo del ascensor?**

Cultivando el carácter de las personas y de las sociedades día a día. La solidaridad no se improvisa, se trabaja cotidianamente como todo lo importante de esta vida. Ya decían los clásicos que la ética consiste en el cultivo del *êthos*, del carácter, de las virtudes que nos predisponen a obrar bien. La justicia, la *com-pasión* y la esperanza se trabajan.

PABLO d'ORS

SACERDOTE Y ESCRITOR

## Ser como niños

Lo principal para resucitar es aprender a jugar. La seriedad que suele caracterizarnos solo puede provenir de la mucha importancia que nos damos. Todos los buscadores espirituales en general, pero las personas religiosas en particular, están –estamos– normalmente demasiado obsesionados con nosotros mismos y con nuestro camino. Para contrarrestar esta tendencia, hay que jugar, es decir, mantenerse activos sin afán de rendimiento, solo por disfrutar.

No conozco a ningún adulto que dedique regularmente algún tiempo a jugar. No me refiero a entretenerse con una máquina para alienarse del mundo, sino a mancharse las manos, a interactuar con los otros, a sacar lo mejor de sí sin atender al resultado. Los adultos no jugamos porque no tenemos tiempo, eso decimos; y si jugamos es para matar el tiempo, también eso decimos. En el verdadero juego, por contrapartida, la sensación de tiempo desaparece y se hace la experiencia de la eternidad (que no es otra cosa que la plenitud del tiempo, no su extinción). Pero la razón última por la que los adultos no jugamos es porque tenemos miedo a hacer el ridículo y a fracasar. Es el temor al fracaso lo que nos impide jugar con libertad. Ahora bien, no se puede resucitar sin fracasar una

y otra vez, tantas cuantas sean necesarias. Hay que fracasar hasta que nos demos cuenta de que eso no tiene la menor importancia.

Junto al juego, está la risa, puesto que reír es el inicio, cuando no la cima, de la espiritualidad. Saber reírse, carcajearse, es algo raro entre los mayores: supone soltar el cuerpo, abandonarse, olvidarse de la propia imagen. Reírse es una forma muy hermosa y efectiva de fundirse con lo que hay, de participar de la fiesta de la vida, que suele ser intensa y variopinta. Sin embargo, sea por convenciones sociales o por timidez (que no es sino otra de las muchas manifestaciones del ego), nos resistimos a responder de forma espontánea o natural.

La risa es particularmente útil porque nos libera de nuestro principal apego: nuestro yo. En el mundo del zen se dice que la iluminación consiste en ver la broma cósmica en la que estamos inmersos y, en consecuencia, en soltar ante ella una buena carcajada. No reírse es una dificultad seria para poder resucitar.

Lo ideal, además de reír y jugar, es tener un niño en casa: escúchale, juega con él, entra en su lógica... Esta es una de las mejores escuelas, de cuantas conozco, para resucitar. Solo así se descubre que todos tenemos dentro, a mayor o menor profundidad, el niño que un día fuimos.

Ese niño tenía sus temores y pesadillas (no se trata de idealizar la infancia), pero vivía en medio de una confianza básica y sustancial. El impulso de apropiación y de autoafirmación ya está latente en el niño –aun en los más pequeños–, pero el germen de la frustración y de la sospecha no han prosperado todavía.

O no al menos del todo. Ese niño interior –confiado e inocente– es el que resucita, casi milagrosamente, cuando nos sentamos a meditar. Así que pon a tu niño interior en tu centro, como hizo **Jesús** con los niños que le presentaron. Mira bien que el niño no tiene planes, más allá de

ingenuidad infantil, sino lúcida. No a un candor ignorante, sino sabio. Te invita a una segunda inocencia. Y eso ¿en qué consiste? En ver el bien del mundo y en permanecer lo más posible en esa mirada. En trabajar con la disposición del juego. En orar con la disposición del descanso. En escuchar con la disposición del asombro. En volver al cuerpo, que es lo primordial. En contactar a menudo con los animales y con la naturaleza, pues son nuestro reflejo. Resucitar es ser como niños, y eso supone hacerlo todo despacio.



lo inmediato. Mira que su fragilidad (y nada hay tan frágil como un niño) es vivida sin temor. No se trata simplemente de ser ese niño que fuiste, sino de serlo después de haber dejado de serlo. La vida espiritual no invita a una

# Al servicio de la persona

● SEBASTIÁN MORA ROSADO. PROFESOR DE LA UNIVERSIDAD PONTIFICIA COMILLAS

Vivimos, a nivel global, una situación singular, excepcional y desconocida que se ha convertido en un fenómeno social totalizante. Afecta a nuestra salud, a las relaciones sociales, a la economía, a la política, a la vida familiar, a nuestra forma de relacionarnos con Dios... Singularidad y totalidad que trastocan nuestra condición existencial. En pocos días, hemos sentido intensamente la necesidad de nuevos relatos para nuevos tiempos.

Es tan profunda la excepcionalidad, que podemos caer en la tentación, como tantas veces en nuestra historia, de pasar por encima de las víctimas en nombre de un arrebatador futuro. Como el Ángel de la Historia, de **Walter Benjamin**, caminamos empujados hacia un futuro prometedor pasando por encima de las víctimas de la historia. Tenemos tanta necesidad existencial de futuro que este acaba convirtiéndose en la negación del sufrimiento.

Como cristianos, solo "con los ojos fijos en **Jesús**" (cfr Hb 12,2), podemos proponer algunas observaciones sobre la realidad, presentar aspiraciones éticas profundas y proponer algunas líneas de acción. Observaciones que prestan especial atención a las personas más frágiles y olvidadas, aspiraciones que ponen la intención en "dar razones de nuestra esperanza" (1Pe 3, 15) y propuestas de acción para construir "un cielo nuevo y una tierra nueva en los que habitará la justicia" (2 Pe 3, 13).

También "el amor en los tiempos del coronavirus", para los cristianos, tiene una mirada preferente por los pobres. Esta mirada desvela que, como en otras crisis, aunque la pandemia nos afecta a todas las personas, lo hace de manera desigual. Todos estamos confinados, expuestos al contagio, sufriendo la "distancia social", sosteniéndonos en la incertidumbre, resistiendo los envites económicos y llorando las pérdidas en soledad. Ahora bien, todo esto impacta de manera más intensa en los más frágiles y excluidos. No es que la situación afectará a las personas más excluidas, profecía que se cumple en todas las crisis, sino que ya está afectando de una manera más intensa a nuestros hermanos y hermanas más débiles.

Antes de la *Gran Recesión*, en el año 2007, la población que vivía de manera estable (en lo social y económico) estaba en torno al 50%. En

el otro extremo, el 6% vivía en condiciones de exclusión severa. En los datos de 2018, las personas que vivían de manera estable estaban en el 49%, dato previo a la crisis. Sin embargo, las personas en exclusión severa eran ya el 8,8%. En las épocas de crisis, la exclusión social se incrementa rápidamente, pero, cuando llega el crecimiento económico, no disminuye.

Para la Iglesia no hay duda de que la economía está al servicio de las personas y especialmente de las más empobrecidas. El debate entre salvar a la economía o salvar a las personas no admite discusión. "La prioridad a una determinada forma de economía basada exclusivamente en la lógica del crecimiento" es causa del crecimiento de la pobreza, nos decían nuestros obispos en *Iglesia servidora de los pobres*.

## Economía de la gratuidad

Esta es la clave. **Benedicto XVI** nos alentaba a crear una economía de la gratuidad que pusiera a la persona en el centro de la lógica económica. **Francisco** ampliaba la visión poniendo el cuidado de la Madre Tierra como un factor esencial en la lógica económica. Este tiempo interrumpido debe ser irrupción de otro mundo posible.

La situación nos convoca a compromisos concretos para acelerar la irrupción del "cielo y la tierra nueva". Son muchas las apelaciones de la realidad, pero en estos momentos hay dos escenarios especialmente necesitados de presencia y profecía. Estamos emplazados a reinventar la comunidad y a promover la economía de lo común. El mundo requiere una nueva vinculación humana densa y profunda. La necesidad del abrazo humano, el cuidado y la hospitalidad deben ir conformando el diccionario ético de la nueva sociedad. Frente a la frialdad sistémica, la indiferencia y el rechazo, hay poesías de un nuevo vínculo de lo humano. Hemos caído en la cuenta de la común vulnerabilidad y necesitamos edificar una interdependencia solidaria como forma de existencia.

Decir "no a una economía de la exclusión" (EG 53) significa protestar contra toda política económica que se olvide de los débiles y proponer iniciativas reales de economía de lo común. Protesta y propuesta en el horizonte de una economía desde las personas. No podemos salir de esta situación singular "olvidándonos de los pobres".



# Coherencia o nada

• **JOSÉ LUIS PINILLA, SJ.** DIRECTOR DE LA COMISIÓN EPISCOPAL DE MIGRACIONES

**E**n el año 2000, en la localidad almeriense de El Ejido, se oyó y se repicó esta frase: “A las ocho de la mañana, todos los inmigrantes son pocos. A las ocho de la noche, sobran todos”. Pensar hoy en ellos solo como mano de obra precaria, en este tiempo de pandemia, para que trabajen como temporeros en los campos del sur, solo genera desconcierto y una cierta tristeza.

Hay que reconocer no solo la fuerza productiva del emigrante. Urge mirarlo y atenderlo como persona. Y admitir de una vez por todas que los migrantes nos importan porque son imprescindibles para la construcción de las nuevas sociedades. Y las que van a salir tras el coronavirus van a ser nuevas.

Recuerdo ahora que, en 2015, ante la grave situación económica y social en España derivada de la crisis, presentamos el documento *Iglesia*

*servidora de los pobres*. Me gustaba imaginar a la Iglesia española dando un puñetazo en la mesa y diciendo que había llegado la hora de reconocer esta aportación humana, valorando la riqueza de los otros y cultivando la actitud de acogida, a fin de crear una convivencia más fraternal y solidaria, pues, en un futuro próximo, nuestra sociedad será, en mayor medida, multiétnica, intercultural y plurirreligiosa.

Pensar en la pospandemia en clave de esperanza me ha llevado a recordar aquel momento. Supongo que esas intenciones estará muy presentes en la pospandemia, sobrevolando localismos, nacionalismos, estigmatizaciones, chivos expiatorios y demás zarandajas. Prefiero no mirarme el ombligo, creer que el instinto cainita va a ser domesticado y pedirle al Señor que me haga levantar la cabeza ampliando horizontes. Con otros muchos. Contigo, por ejemplo.

He recibido muchos testimonios esperanzadores respecto al comportamiento social de estos días tan trágicos. Solo deseo que eso se prolongue en el tiempo y que aprendamos a descubrir señales de resurrección que nos despierten del sueño de creer que ya estaba todo hecho. Me quedo con algunas de ellas: se ha procurado techo y comida a un elevado número de personas sin hogar, se han regenerado redes de apoyo vecinal mutuo, ha habido confinamientos voluntarios con emigrantes, alojamientos en iglesias, acompañamiento en el duelo (¡qué importante es llorar juntos!), consultorios jurídicos y psicológicos, campañas de recogidas de fondos, manifiestos contra el racismo... ¿Por qué no seguir tras la pandemia y apostar por la protección social sin estigmatizaciones? El emigrante es paradigma social para muchas cosas y lo será en el futuro: en resiliencia, en superación de dificultades, en creatividad y en el testimonio de la enriquecedora diversidad.

Será más o menos triste que haya sido por necesidad, pero lo hermoso es la conclusión: todos nos necesitamos a todos, todos somos responsables y custodios de la suerte de nuestros semejantes. Con la creación entera. El plan futuro de resurrección será el tiempo de la coherencia. O somos coherentes o perdemos todo. Coherencia: aquella por la que el Padre justificó la vida entregada de **Jesús** y la resucitó planificada.

*Nadie fue ayer,  
ni va hoy,  
ni irá mañana hacia Dios  
por este mismo camino que yo voy.  
Para cada hombre guarda un rayo nuevo de luz el  
sol... y un camino virgen  
Dios. (León Felipe)*



# La comunión con la Tierra

● MAURICIO LÓPEZ OROPEZA. SECRETARIO EJECUTIVO DE LA RED ECLESIAL PANAMAZÓNICA (REPAM)

**E**n el Génesis, después del gran diluvio, se expresa un signo del anhelo de Dios para que la humanidad viva una conversión real y profunda; un momento esencial para que en el mundo de hoy podamos encontrar un cierto sentido a nuestra crisis actual con el coronavirus. Dios hace a **Noé** una promesa (“ningún ser vivo volverá a ser exterminado por las aguas del diluvio ni tendrá lugar otro diluvio que destruya la tierra”) que quiere ser el sustento de todo lo que habrá de venir en nuestra historia; una alianza sobre la cual debemos poner toda nuestra fe, esperanzas y acciones, creyendo de verdad en una posible nueva civilización.

Es imprescindible abrazar esta promesa. Para temor de aquellos que se cierran en sí mismos y de quienes ven amenazas en todos los cambios necesarios que nos permitan recuperar el inaplazable equilibrio en nuestra vida, y en la relación con nuestra hermana madre Tierra, Dios mismo hace una promesa bio-céntrica.

Es decir, Dios promete a todos los seres que han sobrevivido al diluvio, hablando en primera persona, que no habrá otra muestra de desconexión con ellos expresada en la aniquilación de la vida. Dios hace una promesa que hoy podemos interpretar en lo que el papa **Francisco** llama la ecología integral. Una categoría que está en comunión con las innumerables expresiones de una fe cristiana conectada con el cuidado de toda vida.

Dios mismo, en su alianza por la defensa de la vida, rompe con una visión meramente antropocéntrica. Sí, el ser humano es su ser amado creado a imagen y semejanza, pero en esta promesa nos hermana y hace parte interconectada con todos los seres creados y, por tanto, con la vida, y toda vida, en nuestra casa común.

En tiempos de profunda tempestad, como los que vivimos hoy, donde parece que los cielos están cargados de nubarrones: ¿somos capaces de encontrar el signo de la promesa de Dios de que la vida habrá de prevalecer? ¿Creemos en su promesa?

Difícil ejercicio cuando mujeres y hombres, muchos de ellos inocentes y vulnerables, mueren por causa de esta enfermedad, al igual que de tantas otras muertes cotidianas por causas evitables. Complejo cuando un virus microscópico ha postrado a la civilización entera y nos ha hecho conscientes de nuestra absoluta fragilidad y pequeñez. Pero, desde una fe que abraza y experimenta la pasión y muerte de **Jesús**, afirmamos y acogemos esta promesa en la certeza absoluta de su resurrección, que acontece en medio de la vida y supera a la muerte siempre.

Igual que Noé, hoy nosotros estamos llamados a asumir una opción esencial por el cuidado de

la Casa Común; debemos plantar la primera viña que haga florecer la vida en su conjunto y que la plenifique después de esta noche oscura. Para ello necesitamos

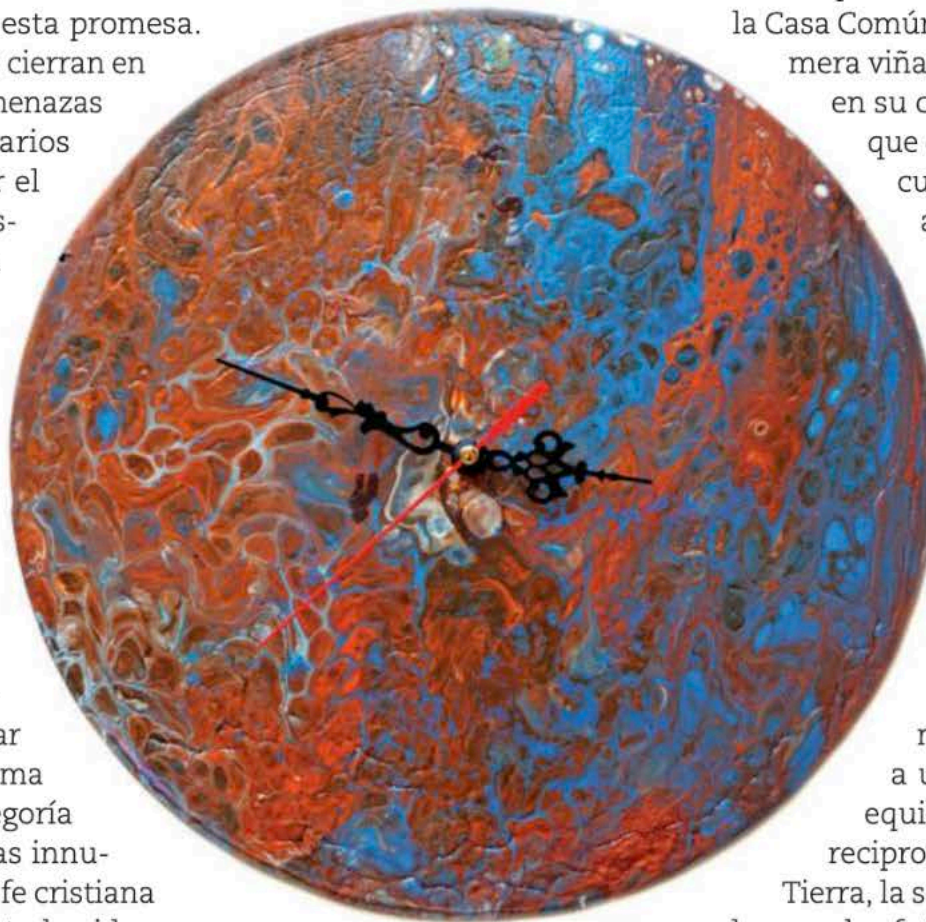
abrazar la co-existencia y co-dependencia de unos con otros y con nuestra tierra, que es fuente de vida, alimento y sustento, erradicando la dominante sociedad del descarte, del acaparamiento, de la destrucción de la tierra para enriquecer a muy pocos, de la vida centrada en la acumulación; para dar paso a una vida que asegure el equilibrio, la continuidad, la reciprocidad entre personas y la

Tierra, la solidaridad en las sociedades, con las futuras generaciones y con

nuestro entorno, y una redistribución de los bienes de la creación para que todos podamos tener vida, y vida en abundancia (Jn. 10, 10).

Con esto como sustento, quiero ensayar, de la mano de algunas claves de **Teilhard de Chardin** en su libro *El fenómeno humano* (1955), posibles horizontes y praxis que deben tornarse en esenciales para que nuestra Casa Común pueda resucitar con Jesús:

**1.** “La vida, por ser ascensión de consciencia, no podía continuar avanzando indefinidamente en su línea sin transformarse en profundidad”. El afán por el consumo desmedido y todo el modelo econó-



mico que ha sustentado esta sociedad del descarte y de la inequidad comienzan a llegar a su fin. La vida necesita un cambio profundo, una verdadera metanoia –conversión radical desde el interior–, y ello implica dar por terminado cualquier sistema que, por desigual, injusto y ecocida-genocida-suicida, no permitirá la vida futura.

**2.** *“Solo a consecuencia de la cantidad de energía interior liberada por la reflexión... tiende entonces a emerger de los órganos materiales para formularse también en espíritu”.* Esta crisis abre posibilidades insospechadas para crear nuevos caminos que, desde la experiencia de misterio, nos podrían llevar a crear toda una nueva relación y correlación con nuestra Casa Común. Nuestra propia experiencia religiosa, lejos de temer a estas expresiones más amplias, encontrará caminos para amplificarse, y Dios verá que esto es bueno. En esto, los pueblos originarios tienen mucho que enseñarnos.

**3.** *“Cuanto más penetramos en lejanía y profundidad en la Materia, tanto más nos confunde la interrelación de sus partes. Cada elemento del cosmos está positivamente entrelazado con todos los demás. Es imposible romper esta red. Imposible aislar una sola de sus piezas sin que se deshilache toda ella. El Universo se sostiene por su conjunto”.* Una vez que superemos la crisis, será necesaria una visión integral, porque, como dice *Laudato si’*, “todo está interconectado”. El sistema planetario y civilizatorio se sostiene por su conjunto. Debemos recrear toda nuestra sociedad a la luz de esa visión de ecología integral, u otra pandemia vendrá pronto haciendo aún más daño... La más grave de todas las crisis planetarias, la de la emergencia climática, nos llevará al final como civilización si no cambiamos ya.

**4.** *“No somos seres humanos teniendo una experiencia humana, somos seres espirituales teniendo una experiencia humana”.* Tras esta pandemia, debemos mirar el mundo desde esta perspectiva que lo cambia todo; solo podemos amar la tierra que habitamos y afirmar su otredad si descubrimos su verdadero rostro diverso y su identidad. Es decir, su territorialidad específica, lo cual significa comprender la tierra como bioma o sistema vivo, como espacio de interacción simbólica y material, como eje de relaciones de inter-conocimiento e inter-reconocimiento, desde aspectos aparentemente intangibles como nuestra cultura, historia y espiritualidad.

Partiendo de aquí, existe todo un programa para orientar la resurrección de nuestra hermana madre Tierra ante el coronavirus; viene detallado en los capítulos V y VI de *Laudato si’*, del papa Francisco, los cuales deberíamos asumir como nuestro itinerario esencial como creyentes y como humanidad, para que la Alianza de Dios con todos los seres creados se haga verdad.

CRISTINA GONZÁLEZ ALBA

# BUSCO TU ROSTRO



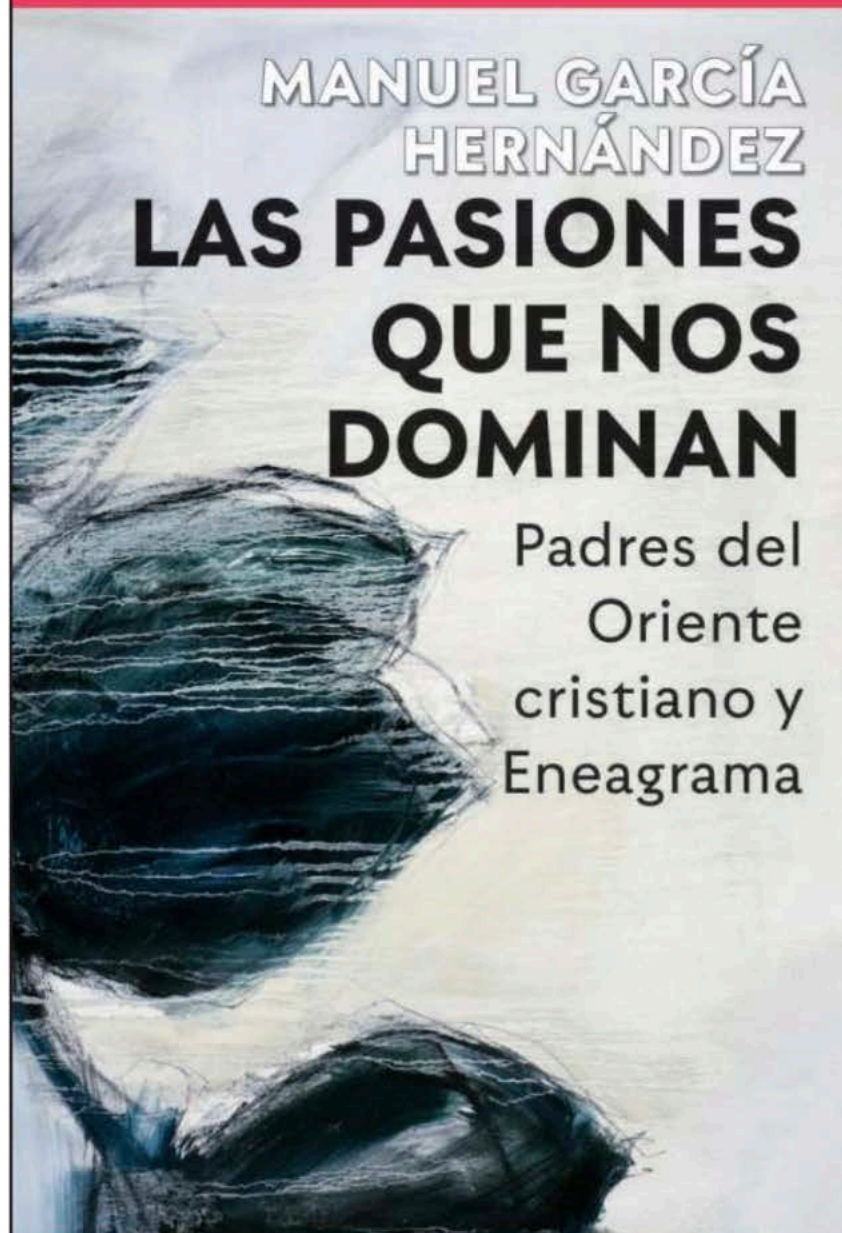
Recursos espirituales  
para orar

**Desclée De Brouwer**

MANUEL GARCÍA  
HERNÁNDEZ

## LAS PASIONES QUE NOS DOMINAN

Padres del  
Oriente  
cristiano y  
Eneagrama



[www.edesclée.com](http://www.edesclée.com)

# Tú, sencillamente, permanece

• JORGE A. SIERRA. HERMANO DE LA SALLE

Justo el Jueves Santo, confinados en casa, me decía un amigo pastoralista: “¿Tú recuerdas haber dormido tanto en alguna Semana Santa?”. Y es verdad: durante casi toda la vida, estos días se han dedicado a pascuas juveniles –donde dormir nunca ha sido una opción– o a acompañar retiros donde el ritmo lo marca la liturgia. Ese dinamismo te llevaba, queriendo o no, a “re-vivir” la Pasión y a adentrarte en la resurrección. Pero hoy las circunstancias han cambiado radicalmente y las videoconferencias no pueden sustituir lo que era una vivencia. ¿Cómo podemos, entonces, renovar nuestra fe en la resurrección de **Jesús** cuando un día se parece tanto al anterior que perdemos la noción del tiempo?

Tal vez, esta Pascua atípica nos ayude a despojarnos de lo accesorio y a centrarnos en lo fundamental. A simplificar la fórmula de nuestro plan para evocar la resurrección y quedarnos con lo que realmente importa. Por ejemplo, con solo tres palabras:

- **Tú:** las muchas llamadas que hace Jesús en el Evangelio siempre son personales, en segunda persona: “A ti te lo digo”. Son parte de un diálogo entre dos personas, por lo que podemos decir que la llamada de Dios es siempre “personalizante”: te reconozco como individuo, eres persona, contigo puedo hablar. Tenemos ahora un largo tiempo de Pascua –casi cincuenta días– para ahondar en ese “tú”, aunque eso nos lleve a hacernos preguntas

de las difíciles: “¿Quién soy yo realmente?”; o peor aún: “¿Por qué a mí?”.

- **Sencillamente:** en nuestros vanos intentos de poner palabras a algo que no se puede definir, nos hemos llenado de ritos, metáforas e imágenes que quizás tapen lo que realmente queríamos vivir. Pero los “signos de la resurrección” no pueden ser más sencillos, incluso mundanos: una piedra movida, un sepulcro vacío, una tela abandonada. Y para volver a ver al Maestro: un jardinero, un perfume, un pescado a la brasa. Y para tenerlo con nosotros: un poco de pan compartido, una copa con los amigos, una mesa amplia. Con la certeza de que lo que es un misterio no lo podemos meter en una caja, ni emitir por YouTube, ¿dónde pondremos esa mesa, ese pan? De hecho, ¿dónde haremos evidente esa presencia en nuestro #quédateencasa?

- **Permanece:** lo sabemos, aunque no nos guste. La promesa de Dios no es de felicidad, ni siquiera de que “todo va a ir bien”, aunque esa sea nuestra esperanza. Es un compromiso de fidelidad, porque a Él le da la gana, no porque nos lo merezcamos. La respuesta que nos pide es tener confianza: “Estar”, “permanecer”, ya que Él permanecerá y será fiel. Y eso implica vivir una vida fuera del propio control para dejarle los mandos a un Dios siempre sorprendente. Cuando un virus microscópico nos demuestra que no lo podemos todo, cuando nos deja sin palabras que no suenen vacías y huecas, ¿podremos recuperar la certeza de que lo que Dios nos pide es, ni más ni menos, que “permanecer”?

Quizás, la clave esté realmente ahí: en lo cotidiano, en la hondura de un día a día que pasa “sin pena ni gloria”. Ojo, que es posible que antes nos pasara lo mismo, pero las prisas hacían que no nos diésemos cuenta. Creo que la conciencia del tiempo, del ordinario, del que pasa desapercibido, es una de las grandes enseñanzas de la espiritualidad cristiana, quizás una de las que tenemos más olvidadas: el tiempo no es un “terrible cotidiano”, ni una fuerza imponente que te arrastra, ni tampoco un bien siempre insuficiente. Es una oportunidad, un espacio para que Dios esté, pues Él es fiel, en lo más sencillo, llamándonos por nuestro nombre.





# Mis pequeñas conversiones no programadas

● **MARÍA LUISA BERZOSA, HIJA DE JESÚS**

**L**a Pascua es el punto central de la vida cristiana. Durante 40 días antes, nos preparamos con la Cuaresma. Esta de 2020 quedará como una Semana Santa muy especial: el mundo detenido, en casa, mucha gente enferma; otros, muriendo.

La Cuaresma es tiempo de cambios, de pequeñas o grandes muertes que nos llevan de la mano a la vida pascual. Este tiempo de cuarentena forzosa y prolongada me ha sido muy propicio para un cambio del todo inesperado.

He tenido que suspender planes: agenda, horarios, relaciones, encuentros, voluntariado; el reloj se detuvo y no era por falta de pilas; cada mensaje recibido cancelaba algo, los preparativos dejaron de ser urgentes, todo se remitía a un después lejano e incierto.

El calendario parecía estático; arrancaba las hojas sin percibir casi el paso del tiempo. Los días amanecían grises, la primavera llegó, pero tardé en darme cuenta, menos mal, de que, frente a mi ventana, veía hierba salvaje, fresca y palpitante.

Un día me sorprendí con la pregunta: ¿cómo quieres vivir esta Cuaresma? ¿En qué deseas cambiar? Y no tuve que buscar muchas respuestas: acepta la realidad como es, sé paciente con lo que no puedes cambiar, hay un bien mayor en juego; pero luego no faltaban otros pensamientos: ¿qué haces aquí con la ayuda que se necesita fuera?

Me debatía entre varios sentimientos: estar, aceptar, pasar el tiempo, asumir... Algo pasivo. Y hacer: dar una mano a hermanas mayores, a personas solas. Y, sin embargo, la escucha, el silencio, la oración, el acompañamiento, los insignificantes detalles domésticos son mis pequeñas conversiones no programadas, sino al dictado de la realidad que me envuelve. ¿Me voy dejando convertir? ¿Voy entendiendo que esos cambios me llaman a una conversión desde dentro? ¿Sé asumir esa activa pasividad?

A medida que transcurren los días, llenos de noticias, voy cayendo en la cuenta de que, si no me dejo “convertir”, si no asumo el hoy y el aquí, con realismo y esperanza, los cambios pueden ser superficiales, sin tocarme el corazón.

Pero llega el Triduo Pascual y las celebraciones virtuales me confirman: no hay vida sin muerte, no hay resurrección sin pasión; resucitar es dejarnos cuidar por Dios para aprender a cuidar de los demás, como hace Él. Su oficio es el de consolador, y consolar en tiempos de pandemia es cuidar y cuidarnos, como personas, familias, comunidades, como Iglesia compasiva y samaritana, hecha hospital de campaña, en primera línea de atención material y espiritual, en salida; sinodal, donde muchas personas, desde la gran diversidad, somos y nos sentimos pertenecientes. Resucitar es soñar, mantener la esperanza, resistir con alegría; permanecer atravesando las apariencias; resucitar es volar sin cortar alas a la libertad, con escucha del Espíritu y en búsqueda de discernimiento continuo.

Y, de nuevo, la pregunta personal: ¿me dejo resucitar? ¿Estoy dispuesta a ser consuelo y bálsamo, aliviadora de tanto sufrimiento y dolor? ¿Dejo que mis entrañas de mujer se conmuevan y salga mi ser de cuidadora al modo del Resucitado?

¿Y si todo queda en bonitos deseos? Necesitaré un proyecto de vida discernido, acompañado, confrontado con la Palabra y la realidad, para que la experiencia se grabe en mi memoria cordial y pueda vivir el “después” con la “novedad” de los aprendizajes vitales adquiridos.

La situación me “convierte” durante la Cuaresma y me “resucita” en Pascua; esta historia enigmática me marca el camino a seguir y mi corazón femenino canta: “Aleluya, la vida es más fuerte”.

# Justicia y fraternidad

● CARDENAL BALTAZAR E. PORRAS CARDOZO

A veces me pregunto si cuando pensamos en resucitar, con su lastre de muerte, evocamos planificar con la convicción interior de una respuesta organizativa, sin que haya que tener en cuenta el pasado, sea porque la memoria es “peligrosa” y cuesta pedir perdón, sea porque los tiempos son otros, y las exigencias de la Iglesia parecieran no estar a la altura del momento. A la mano está un ejemplo: en medio de la pandemia del COVID-19 han surgido tantas informaciones y propuestas contradictorias, que es difícil separar el trigo de la paja, en este poliedro entrecruzado de ciencias y creencias, de estadísticas y de plazos, asomando incluso culpabilidades, pero sin muertos con “rostros” y sin proyectos concretos.

Han sido muchas las epidemias, catástrofes naturales, guerras absurdas y abusos sin razón que han afectado a la humanidad entera o a vastas regiones del mundo. Han dejado huellas que el olvido se ha encargado de borrar sin hacer mucha mella en el comportamiento de las sociedades. Algo muy distinto del programa propuesto por un pensador cristiano de un equilibrio entre “memoria feliz”, “historia desgraciada”, “olvido valeroso”, “perdón generoso” como síntesis de verdad, justicia y reconciliación. En los tiempos actuales funciona “la cultura del descarte”, en palabras de **Francisco**, que deja fuera de la atención global las increíbles muertes ocasionadas por guerras fratricidas, enfermedades que azotan a poblaciones enteras, miles de muertos diarios por desnutrición, hambre, reprimidos en sus libertades y derechos, ahogados en los mares intentando atravesar fronteras infranqueables por el rechazo de los que viven bien o se crispan en el poder por la fuerza y sin autoridad.

Si la Iglesia es *semper reformanda*, es porque “resucita” continuamente a la vida, a ejemplo y por la virtud de una gran memoria actualizada, particularmente en estos días: la de **Jesús** muerto y resucitado por nosotros en el Espíritu. En consecuencia, hay que poner la lupa en el discernimiento permanente para cotejar si lo que hacemos está en consonancia con la fe y los tiempos, o se trata de dar satisfacción a lo que ya tenemos como definitivo en nuestras mentes.

¿Cómo resucitar la Iglesia? Un primer acercamiento a los que nos llamamos creyentes me lo evoca la reciente muerte de **Juan de Dios Martín**

**Velasco** al repasar algunos de sus pensamientos, que son sobre todo vivencia de la fe con la comunidad parroquial en la que compartía su gran saber. ¿Cómo ser cristiano auténtico, místico? Uniendo la fe con la vida cotidiana. Ver a Dios no como una idea o un ideal moral, sino como la presencia que anima nuestra vida, y no solo por el cumplimiento de unos ritos o unas normas. Tomar conciencia de la presencia de Dios en nosotros y de la respuesta creyente a esa presencia, por la práctica del amor de Dios, a través de la oración y la contemplación, viviendo creyentemente los acontecimientos de la vida



cotidiana. Quizás el primer plan que debemos promover para resucitar es el de propiciar creyentes enamorados de Jesús.

Esa vida cotidiana del creyente no es algo íntimo e individual. La vocación testimonial y profética, de cada uno como bautizado y de la Iglesia como institución, cuestiona el desorden establecido “y alienta” los sueños de conversión, de “Iglesia en salida”, de recreación del orden humano, económico, social, político y cultural. Lo inédito de la situación presente se expresa, también, en la ocasión privilegiada para “tocar fondo” en cuanto a “existenciales imprescindibles”: bondad de la creación, presencia insoslayable de la finitud y del mal, apuesta decidida por la primacía de la persona en comunión con sus semejantes, necesidad perentoria de “paramos en seco”, de replantear fundamentos y finalidades, pero sabiéndonos “herederos”, para bien y para mal; no somos “creadores ex nihilo”, sino administradores lúcidos, críticos, responsables y “parteros” de un futuro mejor, acogidos a un “plus misterioso de bondad”.

### Frecuentar el futuro

¿No es acaso todo lo anterior lo que el papa Francisco está proclamando a los cuatro vientos desde que llegó a la sede de **Pedro**? Sus palabras y gestos son, a veces, molestos, porque cuestionan, a fondo, lo que creemos inmutable, y el polvo del camino nos aletarga y enquistas en valores que no son auténticamente cristianos. Francisco, con su alforja de hijo de san **Ignacio** y del “continente de la esperanza”, invita a “frecuentar el futuro”, a vivir como centinelas para “olfatear” el devenir de la historia, sin dejarnos atrapar por las nostalgias del pasado ni por las contradicciones del presente.

Releer sus documentos, con espíritu abierto y cordial, es imperativo de la condición de cristianos. A lo que debemos sumar sus gestos, muchos desconcertantes pero con una carga simbólica cuestionante, poniendo en el centro a la periferia, a los pobres y descartados. En estos días, sus apariciones en medio de la pandemia, transido por el dolor y la muerte de tantos inocentes, pero redimiendo el aislamiento con silencio y soledad elocuentes y compasivos, han sido como bocanadas de aire fresco, llenas de sueños y visiones de cambiar el mundo, para bien de todos. Después del COVID-19, el mundo es, deberá ser, otro. Tarea gigante a asumir con coraje, si lo hay, para que el mundo sea más justo y fraterno. Es la mejor manera de resucitar, no solo la Iglesia, sino los poderes del mundo, para que no destruyamos la obra de la creación que desde los inicios Dios vio que era buena.



## Del despacho a la calle

• **IANIRE ANGULO ORDORIKA**

RELIGIOSA ESCLAVA DE LA STMA. EUCARISTÍA

**L**o disimulemos mejor o peor, los teólogos tenemos cierta tendencia a ser “ratones de biblioteca”. Podemos pasarnos muchas horas ante un libro en una especie de confinamiento voluntario, de ahí el peligro de elaborar una teología “de despacho”, gestada y nacida desde una torre de marfil separada del mundo. Resulta muy real el riesgo de hacer una reflexión despistada por habernos perdido en ese “triángulo de las Bermudas” que forma el despacho, la biblioteca y las aulas universitarias. Pero la vivencia de estas semanas nos ofrece resquicios para contemplar estrellas que nos guíen en esta travesía. Lo aprendido en este tiempo nos regala dos claves para trazar un plan con el que resucitar la teología: la vulnerabilidad y la cercanía.

Un virus microscópico ha derrumbado los delirios de grandeza de la humanidad y nos ha obligado a tomar conciencia de nuestra vulnerabilidad. La teología no puede mantenerse imperturbable. Está invitada a iluminar creyentemente esta situación, y ha de hacerlo desde su propia fragilidad. Sin pretensiones ni vanidad, como una respuesta más en tiempos de muchas preguntas. Es momento privilegiado para recordar que la vulnerabilidad es parte esencial de nuestra fe, que el amor nos hace frágiles y que creemos en un Dios que asumió la debilidad humana para hacerse “uno de tantos”.

El distanciamiento social nos hace anhelar una cercanía física que quizá no siempre hemos valorado. Dentro del plan para resucitar la teología tendríamos que incorporar esta proximidad redescubierta, saliendo del despacho a la calle para ofrecer una reflexión “desde abajo”. Pensar la propia fe desde las preocupaciones reales de la gente de a pie y con un lenguaje accesible, no por haber renunciado a la calidad intelectual o a la profundidad, sino por la decisión de hacer una reflexión cercana. La teología, si quiere resucitar en este tiempo, ha de combinar adecuadamente cabeza y corazón, acogiendo el lamento de tantos y ofreciendo una palabra de esperanza.

# Acompañar al Pueblo

● JOSÉ MARÍA AVENDAÑO PEREA. VICARIO GENERAL DE LA DIÓCESIS DE GETAFE

**T**oda mi persona, como tú, está viviendo días y noches de confusión, de dolor propio y ajeno, pues han muerto familiares, amigos, vecinos, parroquianos... y miles de personas. Desorientación, extrañeza, silencio, soledad, llanto, lágrimas de duelos a distancia, también testimonios de entrega hasta dar la vida de tantos hombres y mujeres, auténticos “ángeles”, la santidad cotidiana. Vivo este tiempo como tiempo de silencio de Dios y de volver a lo esencial, a su amor infinito.

Y yo como sacerdote, ¿qué ha resucitado en mí? Con esta pandemia nos estamos enfrentando con realidades que, si no son nuevas, han estado solapadas en nuestra vida sacerdotal. En medio de la crisis que está atravesando el sacerdocio, el primer interesado es Dios, la primacía es de Dios, el mayor preocupado en que resucitemos y, por lo tanto, el que nos da la gracia y los recursos necesarios para resucitar. Dios no quiere sacerdotes muertos, sino sacerdotes que hayan muerto y resucitado con Cristo, sacerdotes resucitados.

Nos dice el Señor: “Convertíos y creed en el Evangelio”, “Haced esto en memoria mía”, “Sintió compasión de ellos” o las palabras de san **Pablo a Timoteo**: “Aviva el carisma que hay en ti”. Desde mi vida sacerdotal (he cumplido 33 años como sacerdote), creo que Dios me está pidiendo que vuelva con sincero y fiel corazón a Él y que cuide de su Pueblo. Y pienso en los dones que pone para ayudarnos:

En primer lugar, la Eucaristía que define nuestro ser, pues cada día nos configuramos con Cristo. Y esta configuración hace que no podamos estar sin Él, que es el amor de nuestra vida; de ahí que la oración sea la primera tarea pastoral de cada jornada, el pulmón que nos sostiene, ya que el que ama a sus hermanos es el que ora mucho por su pueblo y lo sirve, conscientes de que la oración exige esfuerzo y a veces obliga a un arduo combate. San **Carlos Borromeo** repetía: “No podrás curar las almas de los demás si dejas que la tuya se marchite. Acabarás no haciendo nada, ni siquiera por los demás. Debes tener tiempo para ti para estar con Dios”.

Además, alimentarnos de una formación continua que bebe en las fuentes de la Escritura, la Palabra de Dios como oración. “Contemplativos



de la Palabra y contemplativos del Pueblo”, nos enseña el papa **Francisco**.

Junto a estas actitudes, se encuentra lo que da sentido a cada día: el sentido común como esencialidad en el día a día con nuestras gentes. Compartiendo sus fatigas y sus alegrías, porque no pasamos de largo ante las llagas de Cristo ni de los heridos por la vida.

Y somos hombres, de carne y hueso, con afectos, por eso nuestra afectividad ha de ser una afectividad madura, hombres de Dios que viven la vida célibe con honestidad y transparencia. A la vez, lejos de las instalaciones y comodidades. No somos unos burgueses. Vivir con lo básico, porque evangelizamos o escandalizamos con nuestra forma de vivir.

¿Y los pobres? En la Resurrección, ¿dónde han de estar ellos y nosotros? Los pobres y necesitados nos han de encontrar cerca, como un hijo a su padre, al tiempo que trabajando, codo con codo, con los demás. Respetando identidades. Alegrándonos del bien común.

Y porque la Iglesia es nuestra casa, nuestra familia, nuestra Madre, somos servidores en comunión y fraternidad, cuidando de los sacerdotes con dificultades, enfermos o ancianos, queriendo a la Iglesia, haciendo el camino de la vida entre la Belleza de Dios en nuestro mundo y los signos del Reino de Dios y su justicia.

# Apasionados por los que sufren

● CARDENAL AQUILINO BOCOS MERINO, CMF

**L**os consagrados corremos igual suerte que el resto de los humanos. Se nos han ido seres queridos y sin poderles despedir. Muchas personas consagradas están calladamente entregando su vida en el servicio sanitario. A todos nos conmueve el dolor de los enfermos y el desvivirse de los que los cuidan, la vulnerabilidad de los ancianos que corren el riesgo de exclusión y la despreocupación por los pobres que son descartados; la pérdida de trabajo y los problemas que ocasiona en las familias; el futuro de la educación, de la economía y de tantos otros sectores de la vida social. Como lo han hecho los pastores en sus diócesis, también los consagrados han mostrado su efectiva solidaridad, no solo espiritual y pastoral, sino cediendo edificios para paliar la tragedia. Navegamos en la misma barca.

A pesar del desastre que está causando este virus, ya nos está abriendo los ojos y obligando a ser cautelosos, más humildes y reconocedores de nuestras limitaciones. Este virus está minando los pilares de la idolatría ante los becerros de oro que nos hemos fabricado en torno al poder y la economía consumista. Las inseguridades y miedos causados nos ponen ante preguntas últimas y a relativizar absolutos. Ojalá corrijan nuestras actitudes egocéntricas y nos hagan más creativos y solidarios. También los consagrados estamos aprendiendo a valorar y a organizar nuestro tiempo, a cuidar nuestras relaciones, a apreciar aquellas personas a las que no habíamos tenido en cuenta. Es admirable cómo ha crecido el reconocimiento, la comunicación y las formas de expresar la empatía, la comunión y la atención a quienes viven marginados y en soledad.

Esperamos que desaparezcan pronto los padecimientos y lamentos y podamos disfrutar de un “después” sereno y libre de amenazas. No faltan voces que pronostican un gran cambio en la comprensión de la vida y una drástica transformación de la escala de valores en el comportamiento humano. Sí; necesitamos

resetear nuestro estilo de vida. Que tenemos que cambiar es una exigencia, pero el cambio comienza por la erradicación de las actitudes tóxicas y una nueva conciencia de que somos creados, no dioses, y una sincera conversión a quien es principio y fin de nuestra vida y de todo lo que nos rodea. Probablemente hemos atravesado el Jordán, pero nos queda un largo desierto: lugar de prueba y de promesa. También de Alianza. “Si escucháis la voz del Señor, no endurezcáis vuestro corazón...” (Sal 94).

El plan para resucitar la vida consagrada tiene su clave en la vida nueva de **Jesús** resucitado. Su Pascua transformó la historia humana. Tras haber pasado por la muerte y el sepulcro, se aparece con discreción y sencillez. “Yo estoy con vosotros hasta el fin del mundo” (Mt 28,20). El mensaje es claro: “Alegraos”, “Paz a vosotros”, “Vosotros sois testigos de esto”, “Jesús va por delante”. La vida consagrada, como la vida cristiana, está fundada

en esta experiencia de Jesús vivo, que da sentido al dolor y a la muerte y ofrece esperanza de salvación. Con la resurrección de Cristo se inicia la nueva creación en la que estamos llamados a colaborar en el crecimiento del Reino de Dios.

El antivirus que posee la vida consagrada es la alegría, fruto de su encuentro con Jesús resucitado. Este gozo está actuando, con diversos matices, en todos los carismas. El shock del coronavirus nos ha hecho volver a nuestras raíces pascales. Nos ha recordado qué significa entregar la vida para recobrarla. Nuestro gran quehacer habrá de seguir siendo el de mostrar en nuestras vidas, palabras y obras que Jesús vive y nos quiere servidores de su paz, de su amor y de su misericordia. Nos quiere con talante samaritano y apasionados por los que sufren, por los pobres y por cuantos padecen hambre y sed de justicia y libertad. Nos encomienda ser instrumentos de comunión y constructores de una nueva humanidad. Las iniciativas y proyectos que surjan tendrán novedad si dejan transparentar el rostro del Resucitado y se dejan conducir por quien es Señor y dador de vida.



# Nuestro lugar de relaciones

• **MARÍA DOLORES LÓPEZ GUZMÁN.** PROFESORA DE LA UNIVERSIDAD PONTIFICIA COMILLAS

**E**xiste ya un plan que desemboca en la vida. Está desde los orígenes de la humanidad. Fue el mismo Dios quien lo puso en marcha. Así que no tenemos que perder tiempo en elaborarlo. Nos toca seguir sus pautas allí donde estemos, abriendo boquetes que dejen pasar la Luz de nuestro destino final que no es, por supuesto, ni el hambre, ni la enfermedad, ni la persecución, ni la muerte, ni la angustia, ni variopintos peligros.

La familia, ese lugar de relaciones que nos proporciona un nombre, y que está llamado a hacernos mejores personas y a vivir conforme a ese plan, no siempre lo hace bien, por su propia fragilidad, o por factores ambientales que interfieren en su contra. Una lástima. Ser o tener un padre o una madre, hermanos, abuelos, tíos, primos... es uno de los regalos de la existencia; por ello, hay que poner mucho empeño en que no se pierda en conflictos y miserias que no den protagonismo a lo que de verdad importa. Contamos con cinco bolas de partido:

**1. Descargar presiones inútiles.** Aparcar el miedo a no ser una familia "perfecta" según nuestros parámetros nos ayudaría mucho pues es un alivio no tener que empeñar la vida en 'vivir por encima de nuestras posibilidades'. El plan de Dios, además, está diseñado precisamente para los necesitados.

**2. Reconocer nuestros héroes.** Dar un merecido homenaje a los que ya antes del coronavirus apreciaban el silencio, la naturaleza, la fraternidad y la moderación. La pandemia no está descubriendo una vida diferente, sino que está haciendo más evidente lo que no queríamos ver. Reconocer aquellas vidas, el bien que hicieron y lo poco que los tuvimos en cuenta, nos liberará de nuestro cargante ego.

**3. Recuperar los clásicos.** Una urgente misión educativa para cultivar la sensibilidad. Si es el momento de invertir en lo que perdura, demos espacio al arte, pero al que eleva el alma y es antídoto contra la mediocridad.

**4. Aprender y enseñar a vivir echando de menos.** Porque es "ley de vida". No podemos ni debemos poseerlo todo. Pero el amor, que no tiene límites espaciales, ni temporales, siempre está.

**5. Esparcir concordia.** Hacer las paces, conversar, salvar la proposición del otro, comprender,

perdonar, buscar el bien común. La reconciliación es imprescindible si queremos vivir más y mejor.

Un plan, en definitiva, que puede despejar la incógnita de la resurrección, que nos muestra que esta tiene posibilidades aquí y ahora, porque proporciona alivio, liberación, trascendencia, amor, y por ello, futuro.

## Apóstoles del encuentro

• **ANA MEDINA.** DIRECTORA DE LA OFICINA DE PRENSA DE LA DIÓCESIS DE MÁLAGA

a los  
laicos

**T**anto tiempo pensando y dándole vueltas a la cabeza y resulta que ¡todo era tan fácil como abrazarse!”, dice **Cristina Inogés** en sus *Susurros de muerte y resurrección* (San Pablo). Resucitar es abrazarse a Dios, incorporarnos a su rostro, a su imagen. Ser amor, en definitiva. Que me disculpen, pero esa y no otra es nuestra vocación.

Releo el Evangelio de uno de estos domingos de Pascua buscando qué llamada concreta, qué itinerario nos marca a los laicos, hombres y mujeres que vivimos tras los pasos de **Jesús** que, ahora resucitado, quiere resucitarnos a nosotros y a su pequeña Iglesia. Y descubro signos que me ayudan a establecer un plan:

• **Dejar entrar a Cristo.** Jesús Resucitado se presentará ante nosotros. El signo que lo distingue es que nos trae la paz. Viene a derribar fronteras, miedos, prejuicios, envidias, complejos, inseguridades... y a llenar todo ese vacío con la paz. Nadie puede ser apóstol misionero si tiene cerradas las puertas de su vida a Cristo para que entre una y otra vez. Así pues, resucitar, para los laicos, supone estar abiertos a la acción siempre nueva de Dios en nuestra vida, que exige oración y encuentro.

• **Recibir el soplo del Espíritu.** Jesús nos regala su aliento de vida, una brisa suave que, sin embargo, alborota nuestros planes y cambia nuestros esquemas, un soplo que remueve el

## La confianza como única opción

• **EDUARDO MARTÍN RUANO.** PRESIDENTE DE LA JUVENTUD ESTUDIANTE CATÓLICA

**M**i plan para ver la resurrección en los jóvenes es la confianza en nosotros, y una apuesta real y sincera. No podemos esperar jóvenes comprometidos si no vemos referencias claras en la vida de las personas adultas que nos rodean. **Jesús** se les aparece a sus discípulos varias veces, de distinta forma y en distintos lugares, y no todos supieron reconocerle. Entonces, puede que sea la sociedad la que camina y no sabe reconocer la resurrección y al resucitado en la juventud, que se manifiesta de diferentes formas, en diferentes lugares, y con gestos realmente inesperados.

Nosotros, la juventud, tenemos que ser los que digamos que, como sociedad, debemos cuidar de las personas mayores, esas que en estos días hemos catalogado como “personas de riesgo” y que, normalmente, hemos abandonado, porque su atención y el tiempo de dedicación a ellas quitaba mucho para otras cosas. La vulnerabilidad como constructora de puentes, de solidaridad, en el centro de todo lo que hacemos. No deja de ser curioso para un mundo que hasta ahora parecía aparentemente invulnerable.

Debemos abanderar, jóvenes, la lucha por construir otra economía, una alternativa. No debemos permitir que se rebajen los derechos sociales de los trabajadores al mínimo, que encadenemos un empleo precario tras otro, que nos arranquen de nuestros lugares de origen hacia las grandes ciudades como única opción, no puede primar el beneficio económico por encima de cualquier otro. El hecho de que nos vendan consumo y más consumo como fórmula ganadora, que nos permita comprar cosas que suplan lo que podríamos hacer si tuviéramos el tiempo que nos quita el ritmo que lleva la humanidad. Tenemos que ser nosotros los que alertemos de que no, que no puede ser así el camino de la vida. Que optar por la vida es optar por todo lo contrario.

El mensaje cristiano nos ayuda y nos sirve, y seguimos necesitándolo. Como jóvenes, queremos transmitir frescura, dinamismo, alegría, ímpetu, acción ante el mundo que amamos, del que formamos parte y en el que nos reconocemos.

aire enmohecido. En todo lo que hacemos, no están en juego nuestros derechos, nuestras ideas, nuestros proyectos. O son Suyos, o esto es en vano. Resucitar implica olvidarnos a nosotros para dejarnos llevar por Aquel que nos envía.

• **¡Hemos visto al Señor!** No todos recibimos el anuncio del mismo modo, y la vida de los laicos se juega en múltiples fronteras. Estructuras injustas, circunstancias personales e historias alejan hoy a muchos hombres y mujeres de la posibilidad de conocer a Dios y su Buena Noticia. Evangelizar no significa lanzar cebos “a ver si pican”, sino ir a su encuentro. Salir del centro en el que estamos situados y partir a las periferias. Solo en el lugar del otro podremos mirarle a los ojos y recorrer juntos el camino que Dios quiera. Las proclamas pueden ser ignoradas y hasta ridiculizadas, pero nadie podrá dudar de una mano tendida, de la evidencia del amor incondicional.

• **Comunidad.** Igual que **Tomás**, no podríamos haber creído sin estar acompañados. Somos protagonistas de la Iglesia, esa madre que espera abrazar a todos, sin distinciones, sin requisitos.

Como **Teresita de Lisieux**, nuestro papel es claro: en el corazón de la Iglesia, seremos el amor. Que es lo mismo que decir, seremos laicos resucitados.

# Nuevos horizontes

● MARCIANO VIDAL, C. SS. R, TEÓLOGO MORALISTA

**M**e sitúo en el campo de la Teología Moral, a cuyo cultivo he dedicado mis fuerzas durante bastantes años, y me pregunto sobre las repercusiones que nos puede –o nos debe– aportar la experiencia de esta pandemia global. Formulo esas repercusiones desde una reflexión conducida por la sinergia del deseo y del pronóstico.

Quizás debido a las atávicas querencias hacia las tablas morales, sintetizo mis pronósticos-deseos en un decálogo.

- 1. Sé consciente de la vulnerabilidad.** A lo largo de los últimos 50 años, hemos trabajado por incorporar a la Teología Moral el principio de la autonomía del sujeto. Sin abandonar esa orientación básica, es necesario enriquecerla con la conciencia explícita de la condición vulnerable del sujeto autónomo. Sé que esta orientación ha ido cobrando espacio en el campo de la bioética. Es necesario extenderla al conjunto de la Teología Moral.
- 2. Piensa y actúa con una responsabilidad compartida con todos los sujetos humanos.** Fue un avance humano la toma de conciencia de la responsabilidad individual. Pero hemos de progresar: la responsabilidad ha de ser compartida por todos los sujetos humanos, porque a todos les atañe lo mismo.
- 3. Una gobernanza a escala mundial.** De la responsabilidad globalmente compartida, han de nacer estructuras e instituciones a escala global. Se impone la necesidad de construir una justa y eficiente gobernanza mundial, tal como viene pidiendo la doctrina social de la Iglesia católica.
- 4. Principio de precaución.** No inicies algo si no tienes conocimiento y control de sus posibles efectos. Este principio postula políticas de vigilancia y de control a escala mundial. El crecimiento por el crecimiento (la ciencia por la ciencia) es una pendiente resbaladiza hacia el abismo de la aniquilación.
- 5. La emergencia es ya un horizonte ineludible para la responsabilidad humana.** Ello conlleva la obligación de estar preparados colectivamente para responder adecuadamente a las emergencias concretas. Hasta el presente, la única emergencia que tiene respuesta prepara-



da es la guerra. Desaparezca esta preparación y preparémonos para otras posibles emergencias.

- 6. La ciencia y la técnica han de ser valoradas desde el 'êthos' del servicio.** Superados los mitos del cientificismo y del tecnicismo, la ciencia y la técnica han de recobrar su función salvífica: en lugar de "forjar espadas", han de sostener y elevar la salud de la humanidad en el sentido pleno de "salud".
- 7. Nueva aritmética ética de los bienes humanos.** Sin eliminar la propiedad privada, es preciso construir bienes públicos (sanidad, educación, cultura, etc.) fuertes y eficaces. Por otra parte, en las decisiones políticas, el valor de toda persona (sea cual sea su condición y su edad) ha de prevalecer sobre otras consideraciones, incluso las de carácter económico.
- 8. Nueva alianza con la naturaleza.** No carece de credibilidad la afirmación de que la próxima, si se da, será una emergencia ecológica. La conversión ecológica, siguiendo la enseñanza del papa **Francisco**, es un imperativo ético de primer orden.
- 9. El 'êthos' humanista y la opción preferencial hacia el pobre.** Sin estas dos opciones no se puede construir un mundo habitable. Recuérdese que la etimología de êthos remite a un lugar habitable.
- 10. Descenso y hasta desaparición de los preceptos religiosos.** La pandemia nos ha hecho ver la inanidad de la religión cuando esta se convierte en explicación científica y en obligación moral. Desde hace tiempo, vengo sugiriendo que las acciones religiosas no sean consideradas como preceptos morales.

# “¿Qué ves en la noche? Dinos, centinela”

• ALFONSO BULLÓN DE MENDOZA. PRESIDENTE DE LA ASOCIACIÓN CATÓLICA DE PROPAGANDISTAS

Toda gran prueba, y esta que estamos viendo lo es, lleva dentro de sí una gran promesa. La promesa inextirpable de que a la oscuridad le sigue la claridad, a la noche el día, y que al mal, la enfermedad y la muerte, le seguirán el bien, la salvación y la vida. Es esta una certeza inscrita en el corazón humano, una confianza última aprendida desde niños y que nos permite descansar en la noche porque estamos seguros de que lleva dentro la promesa de la mañana. “Porque allí donde está el peligro –escribía Hölderlin–, nace también lo que salva». Y qué maravillosamente se cumplen estas palabras del poeta en la Noche de Pascua, en la que esa certeza arraigada en lo profundo del corazón se convierte en virtud sobrenatural, en Esperanza. Qué bella y luminosa me ha parecido siempre la evocación poética de **Péguy** cuando describe la Esperanza como una virtud pequeña en medio de sus hermanas mayores, la Fe y la Caridad, y cómo, a primera vista, parece que estas llevan de la mano a la Esperanza. Pero la imagen es engañosa, dice Péguy, porque es la hermana pequeña, la Esperanza, quien lleva a sus dos hermanas mayores, quien las hace seguir adelante frente a toda adversidad, decepción o contratiempo.

Y estas tres virtudes son el plan de Dios para los hombres, para su reconstrucción personal social y política. “Si no creéis, no subsistiréis”, le dice el profeta **Isaías** al rey **Ajaz**. Es un principio de sabiduría que el papa **Francisco** ha señalado con fuerza en su encíclica *Lumen Fidei*, y que tan adecuado resulta como criterio y guía en estos momentos de oscuridad. La fe nos alumbró, nos da luz y calor. Pero nos da más, nos da vida. Todo esto significa que, en medio de la pandemia, los cristianos debemos mostrarnos como lo que somos, o como lo que deberíamos ser, hombres y mujeres de fe, de confianza inquebrantable en la fidelidad de Dios, una confianza que llevamos dentro como un sello indeleble y que se ha vivificado en el Misterio de la Pascua que aún estamos celebrando.

A este plan de reconstrucción para la sociedad solo le falta una virtud más, la más definitiva de todas, la Caridad. Una caridad que, cuando es dirigida hacia los más débiles, tiene un nombre propio: misericordia. Nos suena, ¿verdad? La sociedad, tras este tiempo de coronavirus, un tiempo de desastre sanitario y económico, solo se reconstruirá mediante esa forma suprema de solidaridad que se llama misericordia. ¿Puede decirse algo más de lo que ya dijo el profeta **Isaías** (58, 6-12)? ¿Puede haber un programa más completo de reconstrucción que este?: “Serás como huerto regado, como fuente de aguas que no se agotan; y serán edificadas por ti las antiguas ruinas, y alzarás los antiguos cimientos y te llamarán reparador de brechas y restaurador de casas habitables”. ¿Cuál es la condición? “Si rompes las ataduras de iniquidad, dejas libres a los oprimidos y quebrantas todo yugo; quitas el hablar altanero y el gesto amenazador, si no delatas y no acusas en falso, compartes tu alma (y el pan) con el hambriento y el alma afligida dejas saciada, albergas al pobre sin techo, vistes al desnudo y no vuelves tu rostro ante tu hermano. Entonces brotará tu luz como la aurora, y pronto germinará tu curación e irá delante de ti tu justicia, y detrás de la gloria de Yahvé...”.

Añadamos solo una cosa a lo dicho por el profeta. Y es esta: que esta labor de reconstrucción debe ser una labor indelegable para nosotros, los católicos, como testimonio de fe, esperanza y caridad en medio del sufrimiento de la sociedad española. Con ello no queremos negar en absoluto el papel que le corresponde al Estado, y asumimos sin reticencias que este haga lo que le corresponda hacer como garante del bien común. Ahora bien, no menos, pero tampoco más. Porque de lo que estamos ciertos es de que si esta tarea no se asume en primera persona, y abandonamos el principio de subsidiariedad dejando que sea el Estado la instancia que lo haga todo, la promesa que la actual situación de crisis lleva dentro de reconstrucción moral, social y política de España, quedará frustrada.



**D**ígame el nombre de una soprano española. **Ainhoa Arteta**. Sin dudarlo. La soprano española. Dama en el escenario. Fuera de él, madre de familia entregada y mujer de fe alimentada en lo cotidiano. Desde que falleció su ama, le acompañan constantemente las mariposas blancas. “Cuando murió, necesitaba una señal para saber que estaba bien. El día de la primera comunión de mi hija, entró una mariposa en la habitación, revoloteó a nuestro alrededor y se fue. El mayor deseo de mi madre era acompañarla aquella jornada y sé que estuvo”. A ellas las mira también ahora, en plena crisis del COVID-19, que, para Ainhoa Arteta, como para cualquier cristiano, es tiempo de Pascua. Es tiempo de resucitar: “Su metamorfosis, su color y su echar a volar me dicen mucho de cómo vamos a ser después del coronavirus. La mariposa es el renacer a la belleza y a la libertad, de reinventarse en la vida. Estoy convencida de que esta va a ser una primavera llena de mariposas”.

**Con la que tenemos encima, y el Papa se plantea un plan para resucitar...**

No nos ha podido tocar un mejor papa para una crisis como esta. Estoy viviendo con él todas las celebraciones y tengo grabado el *urbi et orbi* extraordinario, con un **Francisco** y ese Cristo de san Marcelo *mojándose* literalmente por todos, en la inmensa soledad de la plaza de San Pedro, a la intemperie, como lo estamos de alguna manera todos. Le veo afectado, porque normalmente la sonrisa y el buen humor forman parte de su ser y estar. Sin embargo, estos días le noto, no con semblante dramático, pero sí serio. Le percibo, más que preocupado, ocupado en buscar soluciones, le siento muy comprometido con la realidad. El sacrificio tan brutal que hizo Jesucristo por todos nosotros fue el resurgir de una nueva humanidad y estoy convencida de que el Papa mira al Crucificado para hallar respuestas en el contexto actual. Es en la cruz donde encuentra su inspiración. Nos da una lección cada vez que habla o escribe en estas semanas de por dónde debemos caminar y dar sentido a lo que estamos padeciendo. Estoy viendo un Papa humilde que nos ofrece una reflexión justa para que no caigamos en la desesperanza. A menudo, hay quien compara a **Francisco** con **Benedicto XVI** y, precisamente, en ese silencio ante la pasión de Jesucristo vi la misma profundidad y conexión con Dios de los dos.

**¿Qué podemos hacer hoy por hoy cada uno para hacer realidad este plan?**

Ya llegará el momento de la acción cuando salgamos. Ahora es tiempo de mirar adentro, ser humildes, aceptar esta penitencia y buscar la

## “Hay que reactivarse en la espiritualidad”

SOPRANO  
**Ainhoa  
ARTEA**

vía de Dios para encontrar la verdad. Yo rezo el rosario todas las noches. Incluso tengo una *app* en el móvil que me ayuda para no perderme. Puede resultar egoísta, pero la oración personal me alivia muchísimo durante el confinamiento. Además, estoy en varios grupos de Whatsapp en los que rezamos en comunidad y valoro cada vez más la potencia que tiene. Nuestra cultura mediterránea nos lleva a vivirlo todo externamente, pero ahora hay que promover la introspección, volver a la esencia de lo que somos como personas y como católicos, hasta dónde y cómo nos acogemos a la figura de Cristo y retornar a la esencia de la cristiandad. No estamos solos, pero tenemos que ser más humildes para dejarnos interpelar y descubrir que es Dios el único que nos puede ofrecer una verdadera respuesta ante todo lo que está pasando.

### La fraternidad gana

**A Francisco le preocupa el día después...**

Estamos ante una guerra que va a dejar, no solo secuelas económicas y físicas, sino mentales. A los cristianos nos compete lanzar un mensaje de resurrección a los que tenemos cerca, mostrarles el camino para ser felices por dentro. Hay que reactivarse, desde el encuentro con uno mismo. Si lo único que buscamos para salir de esta es reactivarnos económicamente, en una escalada del tener más, mal nos va a ir.

**¿Hemos aprendido la lección?**

Confío. Me gustaría que la gente aprendiera a apreciar las cosas simples de la vida, a las que casi no hemos mirado ni prestado atención. Nos hemos quedado embobados por lo gradilocuente. Venimos de una sociedad en la que todo lo hemos tenido fácil y eso hace que no valoremos lo que tenemos. En nuestras sociedades desarrolladas, no solo tenemos comida, sino que podemos elegir entre 20 platos o, incluso, no comer. Hasta ahora habíamos dado por hecho que tener todo al alcance de la mano era normal y natural y hemos descubierto que no lo era tanto. Es verdad que, después de cada guerra o de cada desastre natural que ha sacudido al mundo, la mentalidad de las personas cambia. Confío y espero en que realmente sea así en este caso. Me daría miedo



que, a raíz de esto, nos volviéramos más inhumanos y nos faltara la espiritualidad.

**¿Ganará el individualismo o la fraternidad?**

Totalmente, la fraternidad. Ya estamos en ello. Estamos observando cada día el milagro de los balcones que simboliza la unidad, pero también el milagro del cuidado cotidiano del otro, de las llamadas telefónicas. Vamos a salir con ganas de dar abrazos entregados y besos sinceros, y de preguntar por cómo se encuentran los demás de verdad, más allá del protocolo del saludo. Cuando me llaman, ya no me preguntan si estamos bien por decirlo, sino interesándose en serio por nuestra salud, por nuestro estado anímico. Yo también lo percibo en mí cuando me dispongo a rezar. Lo que yo denomino como mi *puchero de oración*, cada vez es más amplio y acogedor para incluir a tantos que están sufriendo, a tantos que están dando la vida en Ifema, a los que conozco y no conozco... Lo lejano se está haciendo cercano. Quiero creer que todo esto lo llevamos ganado para el día después y nos va a ayudar para hacernos más fuertes entre todos y para todos.

**La cultura también está confinada y parece que va a ser la última en ese "reactivarse". ¿Se ve ante una platea medio vacía por las medidas sanitarias?**

Es cierto que todo va a ser muy extraño. Nada va a ser igual, pero el ser humano tiene la capacidad de resistir, vencer y transformarse. La victoria frente al coronavirus está en cómo sepamos convertirnos. Posiblemente, yo seguiré teniendo trabajo, pero, si no fuera así, no tengo ningún problema en volverme al caserío, dedicarme a plantar mis patatas y ya cantaré en la misa de los domingos con mi padre, que toca el órgano.

Para mí, el canto es una verdadera necesidad y seguiré cantando hasta debajo de la losa. No necesito un gran público para cantar. Obviamente, si puedo ofrecer lo que tengo a un gran público, bienvenido sea, pero creo que ahora hay que adaptarse.

**Póngale banda sonora al plan para resucitar que ha ideado Francisco...**

Yo cantaré *Morgen -Mañana-*, de **Johann Strauss**, que dice así: "Nos volveremos a encontrar y, solo mirándonos a los ojos, no tendremos que decirnos nada, porque sabremos lo que hemos pasado".

**¿Y si pasado mañana se topa por casualidad con el Papa?**

Primero, me lo comería a besos y me tendrían que apartar de lo pesada que me pondría. Sería una de las mayores ilusiones de mi vida poder entonar un *Ave María* con él y para él por todo lo que está haciendo por nosotros.



# Fortalecer el arma más poderosa de todas

● JOSÉ MARÍA ALVIRA DUPLÁ  
SECRETARIO GENERAL DE ESCUELAS CATÓLICAS

**T**odos nos preguntamos cómo va a ser el día de después. No es una pregunta fría, desencarnada, sino cargada de un cierto grado de inquietud. Y es que, en la reacción de la sociedad tras el período de confinamiento que estamos viviendo, nos jugamos mucho.

He leído los pronósticos para ese momento de algunas personas a las que se les ha hecho la pregunta. Confieso que tengo mis dudas respecto a las previsiones que algunos aventuran. El tiempo que estamos viviendo no es solo un período de aislamiento físico. También está lleno de preocupación por los seres queridos que no están cerca, algunos de ellos en situación de riesgo por la infección o por su situación de soledad; de temor por dificultades futuras ante el estancamiento de la economía y la posible pérdida del puesto de trabajo... No es fácil adivinar cuál va a ser su grado de influencia en la vida ordinaria de las personas, de las familias, de los diferentes grupos sociales; y mucho menos, en el caso de los menores.

El mundo educativo es uno de los más afectados por la situación anómala que estamos viviendo. No en balde afecta a personas más vulnerables y con menos defensas psicológicas para afrontarla debidamente, carentes de los resortes que puede proporcionar la comprensión de lo que está pasando. La duración de este tiempo va a ser otro factor a tener en cuenta: no va ser lo mismo si esta situación se prolonga durante varios meses y hay que esperar a septiembre para reencontrarnos en el colegio, que si volvemos a la normalidad dentro de un tiempo más breve y se puede reemprender el curso presencial antes del verano.

La buena noticia, de la que debemos alegrarnos, es el modo en que el mundo educativo se está volcando en paliar los efectos de esta crisis: docencia a distancia por medio de recursos tecnológicos, interés personalizado por la evolución de cada niño o joven, flexibilidad y comprensión en el tratamiento de casos particulares, creatividad de los centros y profesores puesta a prueba...

Podemos prever que, en el ámbito educativo, la resurrección (si así podemos llamarla, porque la educación sigue muy viva) va a suponer un esfuerzo de readaptación para recuperar los ritmos



y los contenidos del aprendizaje. Pero, aunque inesperada, también será una oportunidad para replantear preguntas de fondo, adaptadas a la edad de los alumnos, que nunca deben ser ajenas a la educación. En nuestros centros, la visión

cristiana no debe estar ausente en esos planteamientos. Puede ser un tiempo de renacimiento.

El pacto educativo global al que nos había convocado el papa **Francisco** adquiere ahora una nueva dimensión. La pandemia del coronavirus, que afecta a casi todos los países, es una llamada a dejar de lado las diferencias y a ponerse manos a la obra con medidas para todos los alumnos y apoyos para que nadie se quede atrás. Habrá que poner en juego las grandes líneas de pensamiento de Francisco: el cuidado de la Casa común y, en el centro, el ser humano en todas sus dimensiones; la paz y la cultura del diálogo; la solidaridad y la fraternidad universales; la justicia, con una atención particular a las personas en riesgo de ser descartadas por nuestro modelo de desarrollo; la pasión por una educación incluyente...

La educación requiere grandes dosis de generosidad, porque se trata del desarrollo de cada persona y del progreso de los pueblos; no hay mejor arma que la educación para hacer avanzar a las comunidades humanas y superar los momentos críticos. La escuela católica se va a sentir concernida a título muy especial. En estos momentos difíciles, las llamadas del Papa deben resonar de una manera especial y mucho más intensa en nuestro ámbito.

# Construir un modelo integral e inclusivo

• **MIRIAN CORTÉS DIÉGUEZ.** Rectora de la Universidad Pontificia de Salamanca

**E**n estos días de desazón por la pandemia que nos asola, la petición que hizo el papa **Fran-cisco** en septiembre pasado para relanzar un pacto educativo global redobla su actualidad y sentido. La familia, en primer lugar, acompañada de la escuela, las comunidades religiosas y la sociedad civil en general, deben unirse y aliarse en la causa de la educación, piedra angular para la transformación que el mundo precisa.

La situación actual ha puesto en evidencia cuán débil es el género humano y sus grandes logros. En un momento, nuestra omnímoda libertad de movimiento, consumo o relación ha quedado reducida a un pequeño espacio vital a causa de un microscópico virus. Al tiempo, han emergido con fuerza las enormes desigualdades existentes en el reparto de la riqueza y en el derecho a la salud, siempre en perjuicio de los más vulnerables, en este caso los ancianos y siempre los descartados.

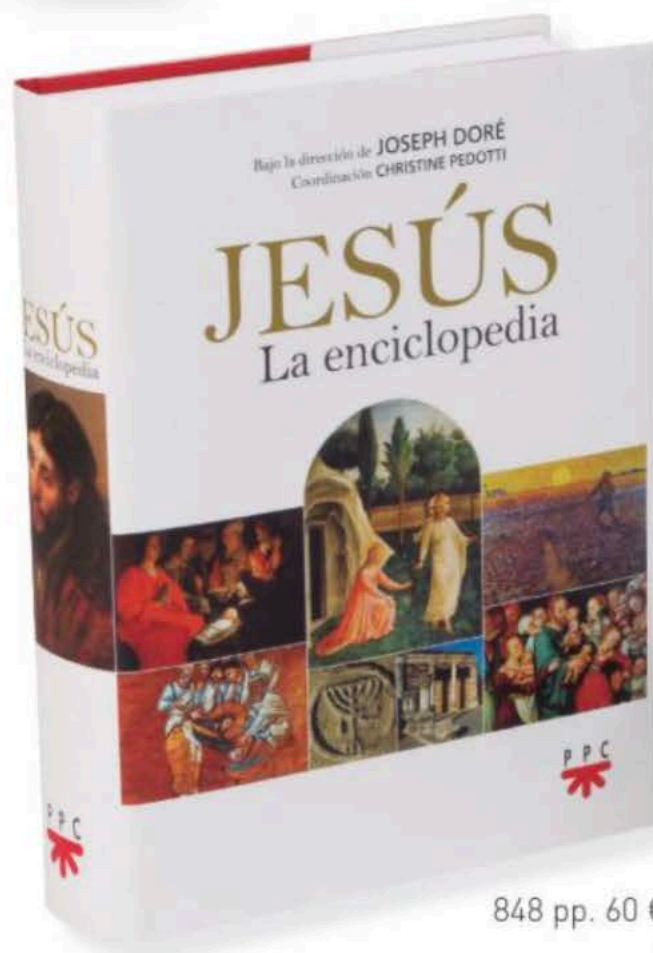
Se hace urgente pues, resucitar una educación integral e inclusiva en la que destaque, por encima de todo, el valor infinito de cada persona y, desde este principio, se descubran formas nuevas de entender el progreso y el desarrollo, las relaciones humanas y la ecología.

Para alcanzar este objetivo debemos ser audaces y comprometidos como comunidad (familiar, social y eclesial) y poner a disposición de la educación todas las energías, los mayores recursos económicos y los mejores recursos humanos. Es urgente que el proceso educativo abra espacio a las grandes preguntas del hombre, es decir, al sentido de la vida y a la trascendencia, y acerque a las realidades del mundo. Solo desde la conciencia de la existencia real de situaciones de pobreza, marginación, explotación y sufrimiento, los niños y jóvenes serán capaces de comprometerse a hacer algo al respecto. Nadie mejor que el Papa ha expresado la necesidad de "actuar siempre conectados con la cabeza, el corazón y las manos" para que la juventud rechace la injusticia y no se doblegue, ni a la cultura del descarte ni a la generalización de la indiferencia, y sea, por tanto, protagonista de la construcción de un mundo mejor para todos.



# JESÚS

La enciclopedia



848 pp. 60 €

Concebida y dirigida por Joseph Doré, esta es la gran síntesis inédita de los datos establecidos (o discutidos) por la investigación histórica, que responde sin tabúes a todos los interrogantes del público.

Además de una lectura crítica de los textos, también ofrece las miradas cruzadas de filósofos, psicoanalistas, escritores y otras personalidades cristianas, judías, musulmanas, ateas y agnósticas.



COMPRA ONLINE  
EN **PPC-EDITORIAL.ES**

TODO el **PPC**  
catálogo de

Envío **GRATIS**  
desde 20 €



ESPAÑA  
(península y Baleares)

# Mi palabra para una Vida Nueva

El equipo de esta revista hace suya la meditación del Papa escogiendo uno de los vocablos utilizados por Francisco para aterrizarlos en la realidad cotidiana

## **LATIR.** Darío Menor

Latía el corazón de mis hijos en el ecógrafo antes de que yo pudiera percibirlo más adelante, con la oreja sobre sus cuerpecitos recién nacidos. Latía por dentro al encontrarte y boqueaba emocionado como un pez, casi sin aire. Latía al descubrirle un sentido a todo, pero tú dejabas de latir, para marcharte. Latimos ahora a un lento ritmo acompañado en esta hibernación forzosa y latiremos todos juntos y desbocados cuando acabe.

## **ESPERANZA.** Esperanza Vela

Si algo distingue a los humanos del resto de los animales es la capacidad de saber que hay un futuro y que se puede vivir. La esperanza es lo que nos alienta en el día a día para sobrellevar los problemas diarios, y en esa esperanza basamos nuestra fe. Mi esperanza es saber que las huellas en la arena no son las mías soportando la carga, sino las de Jesús llevándome en brazos para que no caiga bajo el peso. Jesús resucitado nos da esa esperanza.

## **SALVACIÓN.** José Lorenzo

La historia de la salvación tiene un camino empedrado de fracasos, historias de quienes se perdieron al querer salvarse solos. Hay otro ramal, también pedregoso, porque está asentado sobre renunciaciones. Su rumbo está marcado en los demás. Estos días de pandemia está sombrío, parcheado con muerte, dolor, miedo... Pero unas luces lo iluminan con la entrega de tantos a tantas víctimas. Allí, muy cuesta arriba, una historia sigue latiendo.

## **HORIZONTES.** José Luis Celada

El cine los imaginó "de grandeza", "lejanos" o "perdidos". Hoy, confinados por el coronavirus, aquellos horizontes de ficción son metáforas de una realidad incierta. Sin embargo, en ese confinamiento donde cielo y tierra parecen fundirse y donde confluyen inquietudes humanas y promesas divinas, emerge la invitación del Papa a no dejarnos "robar la esperanza". La que es sinónimo de Pascua, de Vida. Y la que nos redime de tantas cruces que nos impiden alzar la vista y vislumbrar un futuro de luz en el horizonte.

## **DESARROLLO.** Miguel Ángel Malavia

En este mundo donde un capitalismo salvaje ha impuesto la globalización sin alma, este es un valor tan esencial como la paz, la fraternidad o la justicia. Sin embargo, dentro de la tristeza, una pandemia nos ofrece la oportunidad de ponerle freno y refundar una vida a fuego lento, valorando lo local desde la generosidad y sin caer en un nacionalismo paralizante. La Madre Tierra respira y nos regala un cielo azul. El símbolo de la buena vida.

## **SOLIDARIDAD.** Sonsoles Hernández

Es la única herramienta para estar cerca de los que sufren, de quienes están en primera línea, de los que extienden los brazos por ti. Sientes que pican las manos por los aplausos, aprietas los ojos para que tu oración sea más intensa, eres eslabón para llevar palabra, cariño y hasta humor. Necesitas aportar entre tanta desolación. Y llega la posibilidad de confeccionar mascarillas. Un grano de arena en el desierto, un material que alivia el dolor propio, que lleva costuras de cariño para ser caricia y consuelo de cada rostro que las use. La solidaridad reconforta el alma.

## **CREATIVIDAD.** Rubén Cruz

Cuesta verle en la calle. Dios es una experiencia. Vivida o no. Es más fácil toparse con él en la Amazonía. En el barro. "No se enamore de mí. Enamórese de Jesús". Es la respuesta del Papa a una religiosa que le expresó su devoción. La creatividad, un don papal. Dirigirse a los de fuera para que aprendan los de dentro. En casa, se le reza o no. En la calle siempre se le piensa bien. Porque es de Dios. Enamorarse de él, un paso para llegar a Jesús y, algún día, gritar juntos: "Ha resucitado".

## **ACOMPañAR.** Elena Magariños

Desde que esta crisis nos alcanzó como un huracán, no queda más remedio que reconocer algo que habíamos olvidado: nos necesitamos. Acompañaron las mujeres a Jesús en su camino, cargado con la cruz. Acompañan los sanitarios a enfermos y familias. Y hemos inventado cientos de formas para no perder el contacto y seguir





unidos. Pero aquí entra en juego el dejarse acompañar y reconocer que no se es infalible. Para salir, necesitamos saber que no estamos solos.

### **BUENA NOTICIA.** Mateo González Alonso

En las portadas del domingo de Pascua se acumulan titulares sobre los últimos fallecidos por la pandemia, los gestos sanitarios, el avance científico al respecto... A simple vista, la alegría del Resucitado parece amenazada por duelos pendientes o perspectivas de futuro cerradas en falso. En mitad del encierro y del silencio, ¿dónde está la Buena Noticia? He sentido la fuerza de la Pascua pese a no poder compartirla, quizá porque realmente he vivido la cruz a la que llega el Espíritu que da Vida.

### **CONTEMPLAR.** Jesús G. Feria

Mi trabajo pasa por contemplar la realidad a través de mi cámara. También en estos días de coronavirus. No basta con mirar. Hay que contemplar para poder captar el dolor. Pero también me estoy contagiando de esperanza a través del objetivo. Ojalá mañana no se nos olvide contemplar a los demás y no nos conformemos con ver de pasada.

### **PUEBLO.** Ángeles López

Hay palabras que tienen un tiempo acelerado y forman parte de la lengua grande de la gente, como el término pueblo. Unifica y cohesiona cuando se pronuncia, *encuerpado* en toda su posibilidad descriptiva. Es una forma de sustantivar y no adjetivar el mundo, para robarle la cartera al miedo y a la leprosa unicidad. Es el Finisterre de la comunión, la clámide que arropa el destierro, el asilo de la redención... Decir pueblo es comprobar cómo crecen las manos cuando todo está aún por suceder y el futuro es una espera.

### **RENACER.** Jesús Sánchez Camacho

Se ha difundido la noticia de que ha renacido la luz entre tanta oscuridad. Pero me asomo a la ventana y veo caras con mascarillas; escucho a quienes trabajan en primera línea y aprecio sonrisas desoladas; interpreto a políticos y auguro un futuro incierto. Así está Jerusalén. Dicen mis amigos que regrese a Galilea, porque volviendo a mis orígenes, renaceré. Yo también reproduzco ese discurso, pero no sé si me lo creo. Aun así, me pondré en camino. Cuentan que dar ese paso es comenzar a renacer.

### **FUTURO.** Juan Carlos Rodríguez

Más que nunca, el futuro es Resurrección. Esperanza. Fe. Si la fe se construye día a día, el futuro lo estamos creando. Hoy, en medio del encierro,

la impotencia, el dolor, el miedo, resucita la esperanza para decirnos que no solo resistiremos, sino que renaceremos. La pandemia, como el Jesús más divino, nos devuelve la creencia en nuestro ser más humano. "Como en fuente lejana, en el futuro/ duermen las formas posibles de la vida", escribió Cernuda. Y ahora, sobre este ágape, sobre este renovado sentido de comunidad, duermen las formas posibles del futuro.

### **AMOR.** Roxana Alfieri

Hay gestos que duran una eternidad: la imagen del Papa en la plaza de San Pedro, con un único testigo: el Jesús de la cruz de San Marcelo. De un lado, nosotros, humanidad frágil, desconfiada, tan incrédula como inquieta. Del otro, Él, que conoce miserias y desaciertos, orgullos y eternas intenciones. Cuando tenemos la sensación de que la Iglesia no está a la altura, la respuesta siempre es la misma. La actitud de Francisco nos habla de ello. No importan la edad ni el camino; las caídas ni los tropiezos. Hoy y siempre, el motor es el amor. Que nadie nos quite el deseo de unirnos siempre a quien nos amó primero.

### **CASA COMÚN.** Óscar Elizalde Prada

Una de las 'buenas noticias' de esta pandemia afecta a la Casa común. La disminución en el consumo de combustibles fósiles ha impactado en la reducción global de emisiones de CO2. En esta Pascua, las aguas son más cristalinas y la creación, al fin, tiene un respiro. Paradójicamente, un virus ha salido al rescate de la Casa común. ¡Aleluya! La esperanza de una primavera en clave de "ecología integral" nos compromete a defender la vida contra la "economía que mata", a custodiar la creación, porque "todo está conectado".

### **JUSTICIA.** Ángel Alberto Morillo

Resucitar es la esperanza de quienes creemos en Jesús, en esencia, un acto de justicia, porque nos recuerda que la vida venció a la muerte. La justicia más importante es la que llevamos dentro, mientras no opere un cambio en nosotros, seguiremos siendo los mismos. Dios perdona siempre, en la resurrección de su Hijo está la evidencia, pero si no hay una conversión personal, seremos esclavos de nuestras falsas convicciones. De ahí la frase: "Sin justicia, no hay libertad". Una Iglesia que resucita, bebe de esa fuente.

### **ALEGRÍA.** Miroslava López Rojas

"Con Jesucristo siempre nace y renace la alegría", dice el Papa. La noticia de la resurrección nos alegra el corazón en medio de la oscuridad que se cierne porque, gracias a este nuestro "viernes santo", hemos aprendido a valorar la vida, la fa- >>

milia, la amistad; nos alegra porque la promesa de la resurrección, ante la enfermedad o la pérdida, toma un nuevo sentido; entonces vemos que la muerte ha perdido su aguijón y la última palabra la tiene quien es el Camino, la Verdad y la Vida.

**HOGAR. Ana Blasco**

En pleno confinamiento reflexiono sobre la diferencia entre “casa” y “hogar”. Claro que quiero salir de estas paredes que a ratos me agobian, que se han convertido en oficina y colegio de la noche a la mañana. Claro que quiero salir cuando mi niño de 9 años me dice que quiere volver al cole para ver a sus amigos. Pero tengo claro que no quiero salir de mi hogar. #YoMeQuedoEnMiHogar

**VIDA. Javier González**

Sara es pura vida: la alegría personificada, dicharachera como ninguna, descarada, ocurrente, amorosa, guerrera también, y luchadora. La quiero por todo lo que se parece a mí, y aún más por todo lo diferente que es de mí. Toda la vida que se me va en el día a día (las preocupaciones, los problemas o las dudas), ella me la devuelve con solo pestañear; es mi motivo para “resucitar”. Sara es vida. Mi vida.

**CAMINO. Jaime Pellicer**

Se hace camino, la vida es un camino bello, y a la vez, son pasos y destinos, proceso y movimiento, energía y sentimientos. Es el desarrollo de cada momento vivido y por vivir. Principio y final de nuestra única etapa y que posibilita ser nosotros quienes hagamos de ello momentos, unos duros, otros felices. Como el río, sigue su camino hasta el mar, con fuerza y determinación, esa fuerza es nuestra fe en que nuestro mar llegará a buen puerto y ese avatar sufrido en forma de aislamiento, de parón, con esa fe nos hará creer con más fuerza y seguir nuestro camino de resurrección de la vida.

**TRANSFORMAR. María Gómez**

Transformar es algo que ilusiona: tomar un objeto o un proyecto y asumir la responsabilidad de convertirlo en otra cosa, si es posible, superior. Esta acción es, seguramente, uno de los motores de vida más poderoso. Transformarse es otra cosa. Suele ser un proceso costoso, a veces incluso traumático, sobre todo si el detonante es ajeno a uno mismo –como un inesperado confinamiento obligatorio–. Ojalá que de esta experiencia sepamos resucitar y convertirnos en algo mejor.

**COMUNIDAD. José Antonio Almohalla**

Las comunidades somos personas y juntas cambiamos el mundo. En estos días suenan en

nuestras vidas la comunidad científica y médica como signo de esperanza. No serán la grandes comunidades de las plataformas digitales las que solucionen el problema, aunque entretengan. Hoy descubrimos comunidades vitales: los productores, los educadores, los sanitarios, bienes básicos... Es necesario que mi vida esté más comprometida y ayude en las comunidades vitales que me definen: cristiana, educativa y digital.

**CUIDAR. Amparo Hernández**

En estos días me he dado cuenta de la fragilidad del hombre y su entorno, por eso, cuido mi mente, mi corazón y mi cuerpo para hacer una venda de tranquilidad, fuerza y cariño para esta sociedad herida. Cuidarse para poder cuidar a los demás. Cuidar a los demás para aprender a cuidarse.

**RESUCITADO. Tomás de Zárate**

Misterio y poesía. Un despertador. Lejano. Como el recuerdo de niñez. A uno le gustaría que fuera un ‘ya’. Una palabra atada por la propia palabra. Volar libre.

**REINO DE DIOS. Pedro Miguel García**

Me desvelo por las noches perdido, en tierra de nadie. Estos días se apoderan de mí desazón y zozobra. Pero cuando el cansancio vence mis párpados, sueño cada noche con un Reino donde se instaura la paz, se disipan los miedos y los pobres ya no son los de siempre. Al despertarme, doy gracias por el nuevo día y me doy cuenta de que el Reino, el de Dios, ya ha llegado con la vida, con las horas y los días.

**JESÚS. Nano Crespo**

Jesús es el amor de mi vida, vivo y resucitado. Sostiene mi confinamiento desde la interior bodega. Vive en mí, aumenta mi fe, esperanza y caridad. Jesús, estos días, me llama a dar vida abundante, con la oración y su bendición, a las personas cercanas y lejanas, a los enfermos, a los trabajadores sociales que se ocupan de los pobres, de los ancianos, de los enfermos. Jesús es El que, pese a mi incoherencia y tozudez, colma mi vida de su misericordia y su ternura. Jesús me ayuda a resistir, para seguir amando.

**ESPÍRITU. José Beltrán**

En medio del vendaval, un soplo. Así actúa. No a los fuegos artificiales. No a la milagrería de supermercado. Se mueve con libertad. La de los hijos de Dios. Susurra. Insinúa. Con ese tono que incomoda y desconcierta. El de los pequeños gestos de cada día. El que sabe a Pentecostés que empuja hacia afuera. El Espíritu de Dios. Siempre Vida Nueva.



# Vida Nueva

D I G I T A L . C O M



**Sigue minuto a minuto  
conectad@ a la actualidad**

# Una oración para resucitar

● JOSÉ ANTONIO PAGOLA

**Jesús, resucita nuestra confianza.** El coronavirus nos ha desconcertado a todos. Nunca nos habíamos sentido tan inseguros ni tan paralizados por el miedo. De pronto, los seres humanos estamos experimentando que somos frágiles y vulnerables... Jesús, despierta en nosotros la confianza en ese misterio de Bondad insondable que es Dios, ese Padre que nos ama con entrañas de Madre. Ningún ser humano está solo. Nadie vive olvidado. Ninguna queja cae en el vacío.

**Jesús, resucita nuestra esperanza.** Caminábamos con orgullo hacia un bienestar cada vez mayor y, de pronto, nos hemos quedado sin horizonte. En estos momentos, nadie en toda la humanidad sabe cómo será nuestro futuro, ni quién nos podrá conducir hacia el porvenir... Jesús, que la pandemia no nos robe la esperanza. Recuérdanos que no estamos solos, perdidos en la historia, enredados en nuestros conflictos y contradicciones, que tenemos un Padre que, por encima de todo, busca nuestro bien.

**Jesús, resucita nuestra solidaridad.** El coronavirus nos ha descubierto que nos necesitamos unos a otros. No podemos caminar divididos hacia el futuro, sin aliviar a los que sufren, sin acercarnos a los que nos necesitan... Jesús, despierta en nosotros la fraternidad. Recuérdanos el proyecto humanizador del Padre que solo quiere construir con nosotros en la tierra una familia donde reinen cada vez más la justicia, la igualdad y la solidaridad.

**Jesús, resucita en nosotros la lucidez y la responsabilidad.** Superada la pandemia, nos tendremos que enfrentar a las graves consecuencias que dejará entre nosotros... Jesús, llénanos de tu Espíritu para que nos encaminemos hacia un mundo más humano: promoviendo la cooperación internacional y la gobernanza global, cada vez más necesaria; asegurando el pan de los que saldrán de la pandemia para caer en el hambre; protegiendo a los pueblos más débiles que quedarán sin infraestructuras. Jesús, que seamos misericordiosos como nuestro Padre es misericordioso con todos nosotros.

**Jesús, resucita y sacude nuestras conciencias.** El coronavirus se ha convertido de modo inesperado en una grave llamada de alarma. El proyecto creador de Dios, nuestro Padre, que busca que la tierra sea la "Casa común" de la familia

humana, está siendo arruinado precisamente por nosotros, la especie más inteligente... Jesús, haz que tomemos conciencia de que el planeta nos ofrece todo lo que la humanidad necesita, pero no todo lo que busca la obsesión de bienestar insaciable de los poderosos. Que despertemos cuanto antes para entender que la degradación del equilibrio ecológico nos está conduciendo hacia un futuro cada vez más incierto.

**Jesús, resucita nuestra fe en el Padre.** Para que nunca perdamos la esperanza de creer en nuestra propia resurrección, más allá de la muerte. Solo entonces descubriremos que nuestros esfuerzos por un mundo más humano y dichoso no se han perdido en el vacío. Solo entonces experimentaremos que lo que aquí ha quedado a medias, lo que no ha podido ser, lo que hemos estropeado con nuestros errores y torpezas, lo que hemos construido con gozo o con lágrimas, todo quedará transformado. Entonces escucharemos desde el misterio de la Bondad insondable de Dios estas palabras admirables: "Yo soy el origen y el fin de todo. Al que tenga sed yo le daré gratis del manantial del agua de la vida" (Ap 21, 6). ¡Gratis!, sin merecerlo, así saciará Dios la sed de vida eterna que todos los humanos sentimos dentro de nosotros.





# UNIVERSIDAD PONTIFICIA DE SALAMANCA

Campus en Salamanca y Madrid



Formación  
de excelencia  
a tu medida

## DOBLES GRADOS

- ▶ Ingeniería Informática + ADE Tecnológico
- ▶ Marketing y Comunicación + Publicidad y RR.PP.
- ▶ Periodismo + Comunicación Audiovisual

## GRADOS

- ▶ Ingeniería Informática
- ▶ ADE Tecnológico
- ▶ Marketing y Comunicación
- ▶ Comunicación Audiovisual
- ▶ Periodismo
- ▶ Publicidad y RR.PP.
- ▶ CC. de la Actividad Física y del Deporte
- ▶ Maestro en Educación Infantil
- ▶ Maestro en Educación Primaria
- ▶ Enfermería
- ▶ Logopedia
- ▶ Fisioterapia
- ▶ Psicología
- ▶ Seguros y Finanzas
- ▶ Filosofía
- ▶ Derecho Canónico
- ▶ Teología

## POSGRADOS

Áreas temáticas:

Informática • Comunicación • Educación •  
Salud • Psicología • CC. del Seguro, Jurídicas  
y de la Empresa • CC. de la Familia • Teología

Abierta SOLICITUD DE PLAZA:

[www.upsa.es](http://www.upsa.es) • [sie@upsa.es](mailto:sie@upsa.es)

\*Consulta disponibilidad formación *online*

Síguenos en:

